

TRANSFORMACIONES EN LA EVALUACIÓN PARA EL APRENDIZAJE, DEL ENFOQUE TRADICIONAL A LAS PRÁCTICAS FORMATIVAS EMERGENTES

© Játiva Gordillo Washington David,
Oña Donoso Anderson Israel,
Oña Donoso Jessy Mireya,
Vásquez Villalta Karina Jhanova,
Delgado Olmedo Odalis Rocío.



TRANSFORMACIONES EN LA EVALUACIÓN PARA EL APRENDIZAJE, DEL ENFOQUE TRADICIONAL A LAS PRÁCTICAS FORMATIVAS EMERGENTES

Játiva Gordillo Washington David,
Oña Donoso Anderson Israel,
Oña Donoso Jessy Mireya,
Vásquez Villalta Karina Jhanova,
Delgado Olmedo Odalis Rocío.



Játiva-Gordillo Washington David



<https://orcid.org/0009-0005-0039-9888>

Magister en Tecnología Educativa y Competencias
Digitales
Unidad Educativa Antonio Ante

Oña-Donoso Anderson Israel



<https://orcid.org/0009-0002-6848-8578>

Magister en Educación con mención en
Pedagogía en Entornos Digitales
ReinventED IDV Quito Ecuador

Oña-Donoso Jessy Mireya



<https://orcid.org/0009-0003-4598-7013>

Magister en Educación con mención en
Pedagogía en Entornos Digitales
Universidad Bolivariana del Ecuador, 092405 Durán,
Ecuador

Vásquez-Villalta Karina Jhanova



<https://orcid.org/0009-0005-6669-4249>

Magister en Tecnología Educativa y Competencias
Digitales
Colegio de Bachillerato Macará

Delgado-Olmedo Odalis Rocío



<https://orcid.org/0009-0009-8697-7624>

Magister en Educación Básica / Universidad Estatal

De Milagro

Unidad Educativa Aurelia Becerra de Quiñonez

Casa Editora del Polo - CASEDELPO CIA. LTDA.

Departamento de Edición

Editado y distribuido por:

Editorial: Casa Editora del Polo

Sello Editorial: 978-9942-816

Manta, Manabí, Ecuador. 2019

Teléfono: (05) 6051775 / 0991871420

Web: www.casadelpo.com

ISBN: 978-9942-684-49-3

DOI: <https://doi.org/10.23857/978-9942-684-49-3>

© Primera edición

© Octubre - 2025

Impreso en Ecuador

Revisión, Ortografía y Redacción:

Lic. Jessica Mero Vélez

Diseño de Portada:

Michael Josué Suárez-Espinar

Diagramación:

Ing. Edwin Alejandro Delgado-Veliz

Director Editorial:

Dra. Tibisay Milene Lamus-García

Todos los libros publicados por la Casa Editora del Polo, son sometidos previamente a un proceso de evaluación realizado por árbitros calificados. Este es un libro digital y físico, destinado únicamente al uso personal y colectivo en trabajos académicos de investigación, docencia y difusión del Conocimiento, donde se debe brindar crédito de manera adecuada a los autores.

© Reservados todos los derechos. Queda estrictamente prohibida, sin la autorización expresa de los autores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de este contenido, por cualquier medio o procedimiento, parcial o total de este contenido, por cualquier medio o procedimiento.

Constancia de Arbitraje

La Casa Editora del Polo, hace constar que este libro proviene de una investigación realizada por los autores, siendo sometido a un arbitraje bajo el sistema de doble ciego (peer review), de contenido y forma por jurados especialistas. Además, se realizó una revisión del enfoque, paradigma y método investigativo; desde la matriz epistémica asumida por los autores, aplicándose las normas APA, Sexta Edición, proceso de anti plagio en línea Plagiarisma, garantizándose así la científicidad de la obra.

Comité Editorial

Abg. Néstor D. Suárez-Montes
Casa Editora del Polo (CASEDELPO)

Dra. Juana Cecilia-Ojeda
Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela

Dra. Maritza Berenguer-Gouarnaluses
Universidad Santiago de Cuba, Santiago de Cuba, Cuba

Dr. Víctor Reinaldo Jama-Zambrano
Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, Ext. Chone

CONTENIDO

PRÓLOGO.....	12
INTRODUCCIÓN.....	15
CAPÍTULO I	
FUNDAMENTOS DE LA EVALUACIÓN	
EDUCATIVA.....	18
1.1. Concepto y evolución de la evaluación en la educación.....	20
1.2. Propósitos de la evaluación: diagnóstica, formativa y sumativa.....	27
1.3. Principios éticos y pedagógicos de una evaluación justa.....	33
1.4. Rol del docente como evaluador.....	36
CAPÍTULO II	
ENFOQUES Y TIPOS DE EVALUACIÓN.....	
2.1. Evaluación tradicional vs. evaluación alternativa.....	41
2.2. Evaluación cualitativa y cuantitativa.....	45
2.2.1. Técnicas e instrumentos de evaluación cuantitativa y cualitativa.....	49

2.3. Autoevaluación, coevaluación y heteroevaluación.....	54
2.3.1. Autoevaluación.....	55
2.3.2. Coevaluación.....	56
2.3.3. Heteroevaluación.....	57
2.3.4. Triangulación de las evaluaciones.....	59
2.4. Evaluación auténtica y contextualizada..	62

CAPÍTULO III EVALUACIÓN FORMATIVA Y SU IMPACTO EN EL APRENDIZAJE.....66

3.1. Retroalimentación efectiva y oportuna	68
3.2. Evaluación continua y reguladora del proceso.....	74
3.3. Casos prácticos en aula.....	78

CAPÍTULO IV EVALUACIÓN CON ENFOQUE METACOGNITIVO.....85

4.1. Evaluación que favorece la autorregulación del estudiante.....	87
4.2. Promoción del pensamiento crítico y reflexivo.....	92

4.3. Estrategias para fomentar la conciencia metacognitiva.....	96
4.4. Rúbricas metacognitivas.....	98
Referencias Bibliográficas.....	103

Contenido Figura

Figura 1 Tipos de evaluación.....	32
Figura 2: Principios éticos de la evaluación.....	35
Figura 3: evaluación tradicional vs evaluación alternativa.....	44
Figura 4: Evaluación cualitativa vs evaluación cuantitativa.....	46
Figura 5: La evaluación cualitativa.....	47
Figura 6: Técnicas e instrumentos de evaluación cuantitativa.....	50
Figura 7: Técnicas e instrumentos de evaluación cualitativa.....	52
Figura 8: Triangulación de las evaluaciones....	60
Figura 9: Retroalimentación efectiva y oportuna.....	71
Figura 10: Evaluación continua sobre la retroalimentación.....	72
Figura 11: Rúbrica tradicional vs rubrica metacognitiva.....	102

Contenido Tabla

Tabla 1: Ventajas y desventajas de la evaluación cuantitativa y cualitativa	48
Tabla 2: Rúbricas tradicionales vs. rúbricas metacognitivas.....	101
Tabla 3. Actividades con material didáctico casita de la lectura.....	127
Tabla 4. Actividades con material didáctico televisor Interactivo.....	129
Tabla 5. Actividades con material didáctico escritura interactiva.....	131
Tabla 6. Actividades con material didáctico Buzón de la escritura.....	132

PRÓLOGO

La educación, como campo de estudio y como práctica social, se encuentra en un proceso permanente de transformación. Los cambios culturales, sociales y tecnológicos han puesto en evidencia la necesidad de replantear las formas tradicionales de enseñar y, en consecuencia, las maneras en que se evalúa lo aprendido. La evaluación, concebida en un inicio como un proceso de control y verificación de resultados, ha sido durante mucho tiempo un elemento asociado casi exclusivamente a la medición y a la calificación, dejando de lado su potencial formativo y regulador del aprendizaje.

En este contexto surge el presente libro, *Transformaciones en la evaluación para el aprendizaje*, del enfoque tradicional a las prácticas formativas emergentes. La obra se propone como un espacio de reflexión y análisis crítico frente a la evaluación en la educación, partiendo de una revisión de los fundamentos históricos y pedagógicos hasta llegar a las propuestas contemporáneas que buscan transformar las aulas en entornos más humanos, inclusivos y significativos para los estudiantes.

El valor de esta obra radica en su capacidad de integrar teoría y práctica, ofreciendo no solo un marco conceptual sólido sobre los enfoques de evaluación, sino también herramientas, estrategias y ejemplos que invitan a los docentes a repensar

su papel como mediadores y acompañantes del aprendizaje. No se trata únicamente de un texto académico, sino de una guía que orienta hacia nuevas formas de concebir la evaluación como proceso de mejora y no solo de calificación.

Cada capítulo responde a un objetivo específico. El primero brinda los fundamentos de la evaluación educativa, permitiendo comprender su evolución y situar al lector en la transición que se ha dado entre los modelos tradicionales y los enfoques actuales. El segundo capítulo amplía este panorama presentando los distintos tipos de evaluación, sus alcances, limitaciones y las posibilidades que ofrecen la autoevaluación, la coevaluación y la heteroevaluación. Posteriormente, el tercer capítulo introduce el valor de la evaluación formativa, mostrando cómo esta incide de manera directa en el aprendizaje a través de la retroalimentación, la regulación de procesos y la implementación de casos prácticos en el aula. Finalmente, el cuarto capítulo enfatiza en el enfoque metacognitivo, clave en la educación del siglo XXI, ya que fomenta la autorregulación, la conciencia del propio aprendizaje y el desarrollo del pensamiento crítico.

Así, este libro se convierte en un aporte significativo para la comunidad educativa, pues invita a superar la visión reduccionista de la evaluación como un

fin en sí mismo y la posiciona como un medio para promover aprendizajes más profundos y duraderos. Es una obra que abre el debate, pero también ofrece caminos prácticos para avanzar hacia una evaluación con sentido humano, pedagógico y transformador.

INTRODUCCIÓN

La evaluación educativa ha sido, desde los orígenes de la escuela moderna, un tema central y, a la vez, objeto de controversia. Durante décadas, predominó una visión tradicional en la que evaluar significaba medir, clasificar y sancionar los resultados del aprendizaje de los estudiantes. En este paradigma, la evaluación se centraba casi exclusivamente en pruebas escritas, exámenes estandarizados y calificaciones numéricas que, si bien permitían organizar y jerarquizar el rendimiento académico, pocas veces lograban cumplir con el verdadero propósito de la educación: el desarrollo integral del ser humano.

Sin embargo, el mundo actual exige una transformación profunda en los procesos educativos. La sociedad contemporánea, marcada por la globalización, la digitalización y el acceso a nuevas fuentes de conocimiento, demanda que los estudiantes no solo adquieran información, sino que sean capaces de analizarla, aplicarla y reflexionar críticamente sobre ella. En este nuevo escenario, la evaluación no puede seguir limitándose a una práctica estática y cuantificadora; debe convertirse en un proceso dinámico, formativo y orientado a la mejora continua.

Este libro, titulado *Transformaciones en la evaluación para el aprendizaje*, del enfoque

tradicional a las prácticas formativas emergentes, se propone como un recorrido conceptual y metodológico que permita a docentes, estudiantes e investigadores reflexionar sobre la manera en que evaluamos y, sobre todo, para qué lo hacemos. Su eje central consiste en mostrar cómo la evaluación, entendida desde una perspectiva formativa y metacognitiva, se constituye en una herramienta esencial para favorecer aprendizajes significativos y para empoderar al estudiante como protagonista activo de su proceso educativo.

La obra se organiza en cuatro capítulos interrelacionados:

El primer capítulo, *Fundamentos de la evaluación educativa*, ofrece una aproximación a los conceptos básicos, a la evolución histórica de la evaluación y a los propósitos que ha asumido en distintos momentos: diagnóstico, formación y certificación. Se destacan, además, los principios éticos y pedagógicos que deben guiar las prácticas evaluativas, situando al docente como un actor clave en este proceso.

El segundo capítulo, *Enfoques y tipos de evaluación*, contrasta la evaluación tradicional con las alternativas, y profundiza en la diferencia entre la evaluación cuantitativa y cualitativa. Se presentan también técnicas e instrumentos variados, junto con modalidades de participación

activa como la autoevaluación, la coevaluación y la heteroevaluación, que abren el camino hacia prácticas más democráticas y colaborativas en el aula.

El tercer capítulo, Evaluación formativa y su impacto en el aprendizaje, desarrolla el potencial de la evaluación como estrategia para regular los procesos de enseñanza y aprendizaje. Aquí se resalta la importancia de la retroalimentación efectiva, la evaluación continua y los casos prácticos que demuestran cómo un cambio de perspectiva puede transformar la experiencia educativa.

El cuarto capítulo, Evaluación con enfoque metacognitivo, explora una de las tendencias más innovadoras de la pedagogía contemporánea. La metacognición, entendida como la capacidad de reflexionar sobre el propio aprendizaje, se convierte en una herramienta poderosa para fomentar la autorregulación, el pensamiento crítico y la autonomía del estudiante. En este capítulo se analizan estrategias concretas y se proponen rúbricas que pueden aplicarse en diferentes contextos educativos.

CAPÍTULO I

FUNDAMENTOS DE LA EVALUACIÓN EDUCATIVA



La evaluación educativa ha sido, desde sus orígenes, un componente esencial del proceso de enseñanza-aprendizaje. Sin embargo, su concepción, propósitos y metodologías han experimentado profundas transformaciones a lo largo del tiempo. Desde una visión tradicional centrada en la medición de resultados y la certificación de aprendizajes, se ha transitado hacia enfoques más integrales, inclusivos y formativos, donde la evaluación se entiende como una herramienta pedagógica al servicio del desarrollo del estudiante.

Este capítulo propone una revisión crítica de los fundamentos de la evaluación, abordando su evolución conceptual, sus propósitos fundamentales diagnóstico, retroalimentación y acreditación, así como los principios éticos y pedagógicos que deben regir toda práctica evaluativa justa y significativa. Asimismo, se analiza el rol del docente como mediador, guía y reflexivo evaluador, cuya labor impacta no solo en los aprendizajes, sino también en la motivación, la autoestima y el compromiso del estudiante con su propio proceso formativo.

A través de este recorrido, se busca sentar las bases necesarias para comprender las transformaciones que vive hoy la evaluación educativa, en un contexto que exige mayor equidad, personalización y participación activa del alumnado. Este primer acercamiento permite comprender la importancia

de repensar la evaluación como una práctica dinámica, crítica y orientada al aprendizaje permanente.

1.1. Concepto y evolución de la evaluación en la educación

La evaluación educativa se concibe actualmente como un proceso sistemático, continuo y reflexivo que acompaña el desarrollo del aprendizaje, en contraste con visiones tradicionales basadas exclusivamente en la medición de resultados (Bell y Orozco, 2022). El término “evaluación formativa”, ampliamente estudiado en la última década, enfatiza la retroalimentación oportuna para guiar tanto al docente como al estudiante en la construcción del aprendizaje (Velázquez, 2024).

La evaluación educativa ha experimentado una transformación profunda a lo largo del tiempo, pasando de ser un instrumento rígido de medición de resultados a constituirse en un proceso integral, continuo y reflexivo que contribuye al aprendizaje significativo. En su concepción actual, la evaluación no se limita a calificar, sino que busca comprender el progreso del estudiante y apoyar activamente su desarrollo académico, emocional y social. Esta evolución ha sido impulsada por nuevas perspectivas pedagógicas, avances tecnológicos y las crecientes demandas de una educación más equitativa, inclusiva y centrada en el estudiante.

En el contexto contemporáneo, la evaluación educativa se define como un proceso sistemático y organizado que permite recolectar, analizar e interpretar evidencias sobre el aprendizaje, con el fin de tomar decisiones informadas que orienten tanto la enseñanza como la mejora continua del proceso educativo (Proença y Vera, 2025). Desde esta visión, cobra relevancia el enfoque formativo, que pone el acento en la retroalimentación permanente, el diálogo pedagógico y la capacidad del estudiante para autorregular su propio aprendizaje. Tal como señalan Sortwell et al. (2024), la evaluación formativa actúa como un andamiaje que ayuda al estudiante a identificar sus fortalezas, necesidades y estrategias de mejora.

Históricamente, la evaluación ha estado dominada por el enfoque sumativo, centrado en la aplicación de exámenes estandarizados y la asignación de calificaciones al final de un proceso de enseñanza. Este modelo, ampliamente difundido durante gran parte del siglo XX, respondía a una lógica conductista y jerárquica que privilegiaba la memorización y el control del rendimiento académico. El rol del docente era esencialmente calificador y el estudiante ocupaba una posición pasiva, limitada a demostrar lo aprendido en condiciones muchas veces descontextualizadas (Maskos et al., 2025).

A partir de la década de 1960, comienzan a

gestarse cambios significativos en la concepción de la evaluación. En la investigación de Asiú et al. (2021) se menciona una clara línea de tiempo con algunos personajes importantes como Michael Scriven en 1967, introduce por primera vez el término “evaluación formativa” para referirse a la función de retroalimentar y mejorar los programas educativos durante su desarrollo, posteriormente, Benjamin Bloom en 1969, retoma esta idea y la aplica al ámbito del aula, destacando la importancia de ajustar la enseñanza en función de las necesidades del estudiante. Estos aportes, sistematizados décadas más tarde por Black y Wiliam en 1998, demostraron que la evaluación formativa no solo favorece la equidad, sino que también mejora el rendimiento académico.

En la actualidad, los modelos de evaluación se han diversificado, incorporando enfoques como la evaluación auténtica, que plantea situaciones reales y contextualizadas; la evaluación por competencias, que prioriza el desarrollo integral del estudiante; y la evaluación participativa, que promueve el involucramiento activo del alumnado en la toma de decisiones sobre su propio proceso evaluativo (Zhan et al., 2024). Estos modelos comparten una visión dinámica y flexible de la evaluación, orientada al aprendizaje profundo y al desarrollo de habilidades para la vida.

Un análisis detallado sobre el impacto de la evaluación formativa en el rendimiento académico fue realizado por Xuan et al. (2022) quienes llevaron a cabo un metaanálisis con una muestra de 116.051 estudiantes de educación básica en contextos K-12, centrado en la comprensión lectora, el estudio incluyó 48 investigaciones con diseños experimentales y utilizó medidas estandarizadas, encontrando un efecto promedio de +0.19 desviaciones estándar en el logro lector. Entre los hallazgos más relevantes, se evidenció que la evaluación formativa tiene mayor impacto en contextos donde se implementan estrategias de instrucción diferenciada (+0.13 DE) y se promueve la participación activa del estudiante en el proceso evaluativo, es decir, cuando la retroalimentación no solo es proporcionada por el docente, sino también co-construida con el alumnado. Además, se identificaron diferencias significativas en la efectividad del enfoque según el contexto cultural, lo que sugiere la necesidad de adaptar las prácticas evaluativas a los marcos socioculturales específicos.

Por su parte, Sortwell et al. (2024) realizaron una revisión sistemática de 13 meta-análisis publicados durante las dos últimas décadas sobre evaluación formativa en entornos K-12, esta revisión tipo umbrella destacó que, si bien la magnitud del efecto varía según el tipo de estrategia utilizada, no se identificaron impactos negativos en ninguna

de las investigaciones analizadas. Los beneficios más recurrentes incluyeron una mejora en la autorregulación del aprendizaje, el incremento de la motivación y el fortalecimiento del compromiso académico. No obstante, los autores también advierten que la calidad metodológica de los meta-análisis revisados fue mayormente moderada y que la certeza de la evidencia, según la clasificación GRADE, fue baja en la mayoría de los casos. En consecuencia, recomiendan fortalecer los diseños de investigación futura, así como profesionalizar la práctica evaluativa a través de una formación docente más sólida y el uso estratégico de la retroalimentación.

En el caso de una asignatura muy indispensable dentro del currículo escolar como es la enseñanza del inglés como lengua extranjera, Sunra y Samtidar (2023) señalan que la implementación de técnicas como el portafolio, la autoevaluación y la coevaluación favorece significativamente la motivación intrínseca y la conciencia metacognitiva. Además, en países como China, se ha documentado un crecimiento del 109 % en los proyectos de investigación sobre evaluación educativa durante el periodo comprendido entre 2011 y 2020, lo que refleja una transformación sustancial en la forma en que este país prioriza y desarrolla su sistema educativo. Este incremento, que pasó de 21 proyectos registrados en 2011 a 44 en 2020, ha sido impulsado por políticas

públicas que promueven la investigación como pilar para la innovación educativa, así como por la necesidad de mejorar la calidad y equidad de la enseñanza a través de prácticas evaluativas más científicas y contextualizadas. El informe elaborado por Weiqi et al. (2024) no solo resalta el aumento cuantitativo, sino también el giro cualitativo hacia el diseño de evaluaciones más integradas, orientadas a la formación docente, la mejora institucional y la inclusión educativa. Este fenómeno sitúa a China como uno de los referentes emergentes en la consolidación de una cultura evaluativa basada en la evidencia, lo que puede servir de modelo para otros países que buscan fortalecer sus sistemas desde una perspectiva formativa, crítica y sistémica.

No obstante, la consolidación de una cultura evaluativa formativa enfrenta varios desafíos que van más allá de la simple implementación de nuevas técnicas. Uno de los obstáculos más persistentes es la resistencia del profesorado a abandonar enfoques tradicionales centrados en la evaluación sumativa, basada exclusivamente en resultados y calificaciones.

Este tipo de evaluación ha sido históricamente la norma en muchos contextos educativos, y su arraigo cultural y pedagógico ha dificultado la adopción de modelos más dinámicos y centrados en el aprendizaje. A esta resistencia se suma

una creciente sobrecarga laboral, ya que la planificación, ejecución y seguimiento de procesos evaluativos formativos requieren tiempo adicional para brindar retroalimentación individualizada, realizar ajustes pedagógicos y documentar el progreso del estudiante.

Sin condiciones adecuadas, como la reducción de ratios, recursos tecnológicos eficientes o tiempo protegido para el análisis evaluativo, la evaluación formativa puede convertirse en una carga más que en una solución. Asimismo, diversos estudios coinciden en señalar una brecha significativa en la formación inicial y continua del profesorado en relación con las competencias evaluativas. Halimah et al. (2023), en una revisión sistemática centrada en la práctica evaluativa en escuelas secundarias, concluyen que el éxito de la evaluación formativa depende en gran medida del grado de comprensión conceptual que el docente posea sobre sus fundamentos y propósitos, así como del respaldo institucional que reciba para aplicar dichas prácticas de manera sostenida. Este respaldo implica no solo formación, sino también apoyo en el diseño de instrumentos, acompañamiento pedagógico y una cultura organizacional que valore la evaluación como proceso de mejora y no como mecanismo de control.

En este escenario, surge el concepto de

evaluatología Xuan et al. (2022) entendido como un campo emergente que busca integrar las distintas dimensiones de la evaluación educativa desde una perspectiva científica, ética e interdisciplinaria. La evaluatología propone estándares rigurosos para el diseño, aplicación y análisis de evaluaciones, promoviendo así una práctica profesional crítica y reflexiva.

El futuro de la evaluación educativa se perfila hacia una integración aún más estrecha con las tecnologías digitales. La inteligencia artificial, la analítica del aprendizaje y las plataformas adaptativas permitirán diseñar sistemas de evaluación más personalizados, precisos y equitativos. En este contexto, se hace imprescindible seguir fortaleciendo las capacidades evaluativas del profesorado, fomentar la participación estudiantil y consolidar una cultura institucional que valore la evaluación no solo como una herramienta de medición, sino como una estrategia fundamental para el aprendizaje y la transformación pedagógica.

1.2. Propósitos de la evaluación: diagnóstica, formativa y sumativa

En el campo de la evaluación educativa, comprender los propósitos específicos que cumple cada tipo de evaluación es fundamental para orientar adecuadamente los procesos de enseñanza y aprendizaje. La evaluación diagnóstica, la

evaluación formativa y la evaluación sumativa no son instancias aisladas ni excluyentes, sino que constituyen un ciclo continuo y articulado que permite al docente comprender, acompañar y valorar el progreso del estudiante desde una perspectiva integral. Estas tipologías no solo cumplen funciones técnicas, sino también pedagógicas, éticas y reflexivas, en tanto condicionan las decisiones didácticas, la motivación estudiantil y la calidad de la experiencia educativa en su conjunto.

La evaluación diagnóstica tiene como finalidad identificar el nivel de conocimientos previos, habilidades y necesidades individuales con los que los estudiantes ingresan a un nuevo proceso de aprendizaje. Su propósito esencial es brindar información al docente sobre los puntos de partida reales de su grupo, de manera que pueda adaptar su planificación a las características concretas del contexto escolar. Bell y Orozco (2022) enfatizan que esta evaluación debe ser entendida como una herramienta para la inclusión, en tanto permite reconocer las trayectorias de aprendizaje y ofrecer apoyos diferenciados. Desde esta lógica, la evaluación diagnóstica es una oportunidad para reducir brechas de desigualdad y asegurar que todos los estudiantes puedan acceder a los contenidos en igualdad de condiciones, no se trata, por tanto, de una instancia clasificatoria, sino de un medio para potenciar la equidad pedagógica.

desde el inicio del proceso.

La evaluación formativa, por su parte, ha cobrado especial relevancia en las últimas décadas, al concebirse como una estrategia pedagógica continua que acompaña el proceso de aprendizaje y favorece la autorregulación del estudiante. Según Asíú et al. (2021), su función primordial es generar una retroalimentación significativa que permita al alumno identificar aciertos, dificultades y caminos de mejora, mientras que al docente le proporciona evidencias valiosas para tomar decisiones pedagógicas fundamentadas.

La evaluación formativa se orienta a mejorar el aprendizaje en tiempo real, mediante el uso de diversas técnicas como rúbricas, autoevaluaciones, coevaluaciones, portafolios, y cuestionarios interactivos, entre otros (Maskos et al., 2025).

Esta evaluación promueve la construcción de aprendizajes profundos y la participación activa del estudiante en su propio proceso. En este sentido, Sortwell et al. (2024) subrayan que la evaluación formativa no solo mejora el rendimiento académico, sino que también potencia habilidades metacognitivas y fortalece la motivación intrínseca, al promover una cultura de aprendizaje orientada al crecimiento y no al castigo.

Diversas investigaciones recientes han contribuido

a consolidar teóricamente el valor pedagógico de la evaluación formativa, no solo desde el plano cuantitativo, sino también desde dimensiones cualitativas como la implicación del estudiante, la construcción de sentido en el aprendizaje y la mejora de la relación pedagógica. Estudios como los de Xuan et al. (2022) y Sunra y Samtidar (2023) ofrecen evidencia relevante que sustenta la eficacia de la evaluación formativa en distintos contextos y áreas del conocimiento. Sin embargo, más allá de sus resultados estadísticos, lo fundamental de estas investigaciones es que iluminan nuevas formas de entender la evaluación como práctica situada, en la que el estudiante se convierte en agente activo, capaz de reflexionar, autoevaluarse y tomar decisiones sobre su proceso de aprendizaje. La evaluación formativa, en este sentido, no es simplemente una herramienta para mejorar indicadores académicos, sino una estrategia que transforma el rol del estudiante y redefine la función del docente como guía y facilitador del aprendizaje.

Sin embargo, la consolidación de este enfoque aún enfrenta desafíos. Halimah et al. (2023), en una revisión sistemática, identificaron que la comprensión conceptual de los docentes sobre la evaluación formativa y el respaldo institucional son factores clave para su implementación exitosa. La sobrecarga laboral, la falta de formación específica y la persistencia de culturas escolares centradas

en la calificación son barreras que dificultan la adopción plena de esta práctica. No obstante, los autores coinciden en que la evaluación formativa representa una de las vías más eficaces para transformar la educación desde una perspectiva más humana, democrática y orientada al desarrollo integral.

La evaluación sumativa, en cambio, se ubica al final de un proceso de aprendizaje y tiene como objetivo certificar los logros alcanzados por los estudiantes en relación con los objetivos propuestos. Se expresa habitualmente a través de calificaciones numéricas, pruebas objetivas, exámenes estandarizados o trabajos finales. Aunque este tipo de evaluación ha sido históricamente predominante, su uso debe ser repensado para evitar prácticas punitivas o exclusivamente selectivas. Velázquez (2024) advierte que, cuando se usa de manera aislada, la evaluación sumativa tiende a reproducir inequidades y a centrar el foco únicamente en los resultados, sin considerar el proceso ni las condiciones contextuales que los determinan. Por ello, diversos autores proponen integrarla a un sistema más amplio y equilibrado, donde coexista con las evaluaciones diagnósticas y formativas en un marco de coherencia pedagógica.

En contextos de innovación educativa, como señala Proença y Vera (2025) la evaluación sumativa también puede transformarse si se utilizan

criterios claros, rúbricas compartidas y mecanismos de reflexión conjunta sobre los logros. No se trata de eliminar esta evaluación, sino de resignificarla como una oportunidad de síntesis y proyección del aprendizaje, más que como un cierre definitivo. En esta línea, Zhan et al. (2024) plantean la necesidad de desarrollar un nuevo marco teórico para la evaluación educativa, al que denominan evaluatología, donde se integren dimensiones pedagógicas, técnicas y éticas con base científica. Este enfoque apunta a superar la fragmentación actual de los modelos evaluativos, promoviendo sistemas más holísticos, sostenibles y centrados en el estudiante.

Figura 1 Tipos de evaluación



En síntesis, los propósitos de la evaluación deben entenderse como partes complementarias de un mismo proceso pedagógico. La evaluación diagnóstica ofrece un punto de partida equitativo; la formativa, un camino de acompañamiento reflexivo y personalizado; y la sumativa, una mirada de cierre que, si es bien diseñada, puede aportar a la mejora futura. La clave radica en articular estas instancias de forma coherente, crítica y sensible al contexto, para que la evaluación no sea un fin en sí misma, sino una herramienta transformadora al servicio del aprendizaje humano y significativo.

1.3. Principios éticos y pedagógicos de una evaluación justa

Una evaluación justa es aquella que no solo cumple con criterios técnicos de validez y confiabilidad, sino que se fundamenta en principios éticos y pedagógicos que respetan la dignidad, diversidad y el derecho al aprendizaje de todos los estudiantes. En este sentido, evaluar no es simplemente medir el desempeño, sino un acto con profundas implicaciones humanas, que requiere sensibilidad, objetividad y responsabilidad profesional por parte del docente.

Desde el plano ético, uno de los principios fundamentales es la equidad, entendida como la capacidad de ofrecer a cada estudiante las condiciones necesarias para demostrar su

aprendizaje en función de sus características, contextos y necesidades. Esto implica adaptar instrumentos y estrategias, respetar los ritmos de aprendizaje y evitar sesgos que puedan generar exclusión o discriminación (Bell y Orozco, 2022). La evaluación justa también debe regirse por la transparencia, garantizando que los estudiantes conozcan desde el inicio los criterios de evaluación, los objetivos de aprendizaje y los procedimientos que se utilizarán. Esta claridad fortalece la confianza, reduce la ansiedad y promueve la autorregulación.

Otro principio clave es la confidencialidad, que exige al docente manejar con responsabilidad los resultados obtenidos, evitando comparaciones públicas o juicios que afecten la autoestima del estudiante. Evaluar con justicia también implica responsabilidad pedagógica, es decir, asumir que toda evaluación debe estar al servicio del aprendizaje y no de la sanción. En palabras de Asiú et al. (2021), el evaluador ético es aquel que promueve una cultura de mejora continua, que orienta, acompaña y desafía al estudiante a superarse, sin castigar sus errores.

Desde la perspectiva pedagógica, la evaluación justa se vincula con el principio de inclusión, al reconocer la diversidad del alumnado como una riqueza que debe reflejarse también en la manera de evaluar. Esto se traduce en el uso de múltiples

formas de evidencia (trabajos escritos, orales, gráficos, colaborativos) y en la flexibilización de tiempos y contextos para realizar las evaluaciones. Según Velázquez (2024), cuando se aplican enfoques evaluativos sensibles a la diversidad, se genera un clima de aula más participativo, donde los estudiantes se sienten valorados y motivados.

Figura 2: Principios éticos de la evaluación



En definitiva, una evaluación justa es aquella que respeta al estudiante como sujeto activo,

reconoce su esfuerzo, valida sus procesos y le brinda oportunidades reales para aprender y crecer. Evaluar desde una mirada ética y pedagógica no solo mejora los aprendizajes, sino que humaniza la educación y fortalece el compromiso profesional del docente.

1.4. Rol del docente como evaluador

En el contexto actual de transformación educativa, el rol del docente como evaluador ha adquirido una dimensión más compleja, reflexiva y estratégica. Para Asiú et al. (2021) evaluar ya no implica únicamente calificar resultados, sino también diseñar experiencias de aprendizaje significativas, analizar evidencias, tomar decisiones pedagógicas basadas en datos y fomentar la autorregulación del estudiante. En este sentido, el docente evaluador actúa como mediador del conocimiento, guía del proceso formativo y garante de una evaluación justa, ética y pedagógicamente orientada al aprendizaje.

Según Brookhart (2013), el rol del docente evaluador requiere competencia técnica en el diseño de instrumentos válidos y confiables, pero también sensibilidad para interpretar los resultados considerando los contextos socioculturales de los estudiantes. El docente debe ser capaz de identificar barreras en el aprendizaje, adaptar sus estrategias de enseñanza y ofrecer retroalimentación formativa

que motive, oriente y empodere al estudiante para mejorar su desempeño. Este enfoque implica asumir la evaluación como un proceso continuo y participativo, en el que el estudiante deja de ser objeto evaluado para convertirse en sujeto activo de su propio proceso formativo.

Por su parte, Carless y Winstone (2020) destacan que los docentes deben desarrollar competencias en evaluación formativa sostenible, entendida como aquella que no solo mejora el aprendizaje inmediato, sino que construye capacidades evaluativas a largo plazo en el estudiante, como la autoevaluación, la metacognición y la toma de decisiones. En este sentido, el docente evaluador no se limita a registrar notas, sino que fomenta una cultura de evaluación para el aprendizaje, donde el error es visto como oportunidad de mejora y no como fracaso.

Asimismo, Ibarra-Sáiz et al. (2020) enfatizan que el docente debe ejercer su rol evaluador con compromiso ético y responsabilidad social, especialmente en contextos de alta diversidad. La evaluación no puede ser un mecanismo de exclusión o estandarización, sino una herramienta para promover la equidad, el pensamiento crítico y el bienestar estudiantil. Esta visión demanda una actualización constante del profesorado, que debe estar formado en competencias evaluativas desde la formación inicial y recibir apoyo continuo durante

su ejercicio profesional.

Concluyentemente, el docente como evaluador cumple un papel esencial en la transformación educativa. Su rol va más allá del control y la calificación, y se orienta hacia la mejora de los aprendizajes, el acompañamiento del estudiante y la construcción de comunidades pedagógicas donde la evaluación sea parte integral del desarrollo humano y académico.

CAPÍTULO II

ENFOQUES Y TIPOS DE EVALUACIÓN



La evaluación educativa ha evolucionado significativamente, dejando atrás visiones unidimensionales centradas en la calificación para abrirse a un abanico de enfoques que consideran el aprendizaje como un proceso complejo, diverso y contextualizado. Este capítulo aborda las distintas formas de comprender y aplicar la evaluación en función de sus enfoques tradicionales y alternativos; y de sus tipos, como la evaluación cualitativa, cuantitativa, auténtica, contextualizada, así como las formas de participación del estudiante: autoevaluación, coevaluación y heteroevaluación. En este marco, se reflexiona sobre cómo cada modalidad responde a finalidades educativas distintas, revelando no solo el qué y el cuánto de los aprendizajes, sino también el cómo y el porqué del proceso formativo.

El análisis de estos enfoques permite reconocer las tensiones existentes entre modelos tradicionales centrados en la medición objetiva y propuestas más recientes que buscan integrar la evaluación como una experiencia pedagógica activa. Comprender estas diferencias resulta fundamental para avanzar hacia prácticas evaluativas más inclusivas, reflexivas y orientadas al desarrollo integral del estudiante. Así, este capítulo no solo ofrece una caracterización técnica de los tipos de evaluación, sino que también invita a repensar su sentido ético, su función transformadora y su vínculo estrecho con la mejora

continua de los aprendizajes.

2.1. Evaluación tradicional vs. evaluación alternativa

Durante décadas, la evaluación educativa en el contexto educativo global, particularmente en países latinos como Ecuador, ha estado marcada por un enfoque tradicional centrado en la medición del rendimiento a través de pruebas estandarizadas, exámenes escritos y calificaciones numéricas. Este modelo responde a una lógica cuantitativa y comparativa que busca clasificar a los estudiantes según sus logros académicos, con escasa atención a los procesos de aprendizaje y a las particularidades del contexto sociocultural de cada estudiante (Velázquez, 2024).

La evaluación tradicional se caracteriza por su enfoque transmisor, su uso frecuente de instrumentos cerrados, su aplicación en momentos específicos del ciclo escolar (generalmente al final de una unidad o período) y su énfasis en la objetividad. Aunque este modelo permite cierto grado de uniformidad y control, tiende a favorecer a los estudiantes con mejores habilidades de memorización o recursos socioculturales más favorables, lo que genera brechas y limitaciones en contextos como el ecuatoriano, donde las desigualdades educativas aún son significativas (Bell y Orozco, 2022).

Entre las principales características de la evaluación tradicional, se pueden destacar:

- Centrarse en los resultados más que en los procesos.
- Predominio de exámenes escritos estandarizados.
- Poca retroalimentación personalizada.
- Escasa implicación del estudiante en el proceso evaluativo.

En contraposición, la evaluación alternativa también conocida como evaluación auténtica o evaluación para el aprendizaje— se ha venido consolidando como una respuesta crítica y pedagógica al modelo tradicional. Este enfoque promueve el uso de técnicas diversas y contextualizadas que permiten valorar competencias, habilidades prácticas, pensamiento crítico y procesos reflexivos. La evaluación alternativa favorece una participación activa del estudiante, el uso de rúbricas, portafolios, proyectos, observación continua y retroalimentación constante (Carless y Winstone, 2020).

Entre los rasgos más distintivos de la evaluación alternativa, se encuentran:

- Enfoque en los procesos de aprendizaje y no solo en los productos finales.
- Promoción del pensamiento crítico y la autorregulación.

- Utilización de instrumentos variados y contextualizados.
- Participación activa del estudiante mediante la autoevaluación y coevaluación.

En el caso latinoamericano, la adopción de enfoques alternativos ha sido paulatina, pero cada vez más reconocida en políticas educativas y programas de formación docente. Por ejemplo, el Ministerio de Educación de Ecuador ha incorporado en sus lineamientos recientes la necesidad de valorar el aprendizaje desde una mirada holística y formativa, incluyendo procesos como la autoevaluación y la coevaluación, especialmente en el marco de la inclusión y el diseño universal para el aprendizaje (DUA) (Ministerio de Educación, 2021).

A nivel pedagógico, la evaluación alternativa se adapta mejor a realidades culturales diversas y contextos escolares donde el vínculo afectivo y humano entre docente y estudiante es esencial. Este enfoque fomenta el protagonismo del estudiante en su propio proceso formativo y permite al docente ejercer su rol como acompañante crítico y facilitador del aprendizaje. Además, investigaciones recientes en contextos latinoamericanos han demostrado que el uso de estrategias de evaluación formativa y auténtica está relacionado con mayores niveles de motivación, comprensión profunda y apropiación del conocimiento por parte del alumnado (Sortwell

et al., 2024).

Figura 3: evaluación tradicional vs. evaluación alternativa

Evaluación tradicional vs. Evaluación alternativa	
	Tradicional
Enfoque principal	Medición de resultados finales
Instrumentos comunes	Pruebas escritas, exámenes estandarizados
Participación del estudiante	Passiva, como receptor del juicio docente
Temporalidad	Final del proceso de enseñanza
Función pedagógica	Calificar, clasificar, sancionar
Adaptación al contexto	Limitada, diseño uniforme
Role del docente	Juez, transmisor de conocimientos
Impacto en el aprendizaje	Reproductivo, centrado en la memoria
Aplicación en Ecuador	Predominante, aunque en pro
	Alternativa
	Procesos de aprendizaje y desarrollo de competencias
	Rúbricas, portafolios, proyectos, diarios de clase
	Activa, reflexiva y participativa en la evaluación
	Continua y distribuida durante todo el proceso
	Retroalimentar, orientar, mejorar
	Alta, contextualizada según diversidad y necesidades
	Facilitador, mediador del aprendizaje
	Critico, significativo y autoregulado
	Expansiva, apoyada por políticas inclusivas

La transición de un modelo tradicional a uno alternativo no implica descartar totalmente las prácticas previas, sino repensarlas, complementarlas y enriquecerlas en función de un paradigma más

equitativo, participativo y formativo. En contextos como el ecuatoriano, avanzar hacia una evaluación alternativa es una apuesta por la calidad educativa con justicia social, centrada en las necesidades reales de los estudiantes y en el fortalecimiento del vínculo pedagógico como motor del aprendizaje significativo.

2.2. Evaluación cualitativa y cuantitativa

La evaluación educativa puede adoptar distintas orientaciones metodológicas, entre las que destacan dos enfoques ampliamente utilizados: la evaluación cuantitativa y la evaluación cualitativa. Cada una responde a diferentes paradigmas pedagógicos, objetivos de análisis y formas de interpretar el aprendizaje, y su elección debe estar en función del propósito evaluativo, el contexto institucional y las características de los estudiantes (Asiú et al., 2021). Lejos de ser enfoques opuestos, ambos pueden integrarse de forma complementaria para enriquecer el proceso evaluativo.

La evaluación cuantitativa se basa en la medición numérica del rendimiento estudiantil. Utiliza instrumentos estandarizados como pruebas objetivas, rúbricas con escalas numéricas y listas de cotejo que permiten asignar puntuaciones, comparar resultados y realizar análisis estadísticos. Este enfoque es útil cuando se requiere información precisa, generalizable o comparable entre grupos, y

es frecuentemente utilizado en sistemas educativos para emitir calificaciones, generar informes de logro y tomar decisiones administrativas (Muñoz y Solís, 2021).

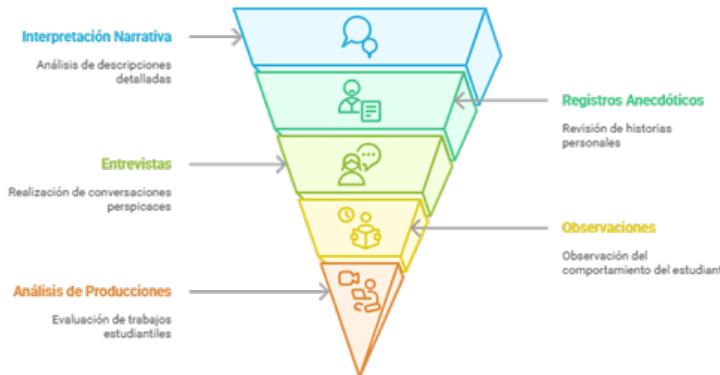
Figura 4: Evaluación cualitativa vs evaluación cuantitativa



En contraste, la evaluación cualitativa se centra en la interpretación profunda del proceso de aprendizaje. Recurre a descripciones narrativas, registros anecdóticos, entrevistas, observaciones y análisis de producciones estudiantiles para comprender el cómo, el porqué y el significado de los aprendizajes. Esta modalidad valora la singularidad de cada estudiante, promueve el análisis contextualizado y favorece la comprensión integral del desarrollo

educativo (Asiú et al., 2021).

Figura 5: La evaluación cualitativa



En contextos escolares diversos y atravesados por factores socioculturales complejos, la evaluación cualitativa permite visibilizar realidades que escapan a los modelos cuantitativos, facilitando así una toma de decisiones pedagógicas más sensible y ajustada a las necesidades reales.

Entre las principales diferencias entre ambos enfoques, se pueden mencionar:

- La evaluación cuantitativa busca objetividad y generalización; la cualitativa, comprensión y profundidad.
- Los instrumentos cuantitativos son cerrados y estructurados; los cualitativos, abiertos y flexibles.
- La evaluación cuantitativa produce resultados

numéricos; la cualitativa, descripciones y reflexiones contextualizadas.

A continuación, se muestra una tabla mas detallada de cada ventaja y desventaja según el tipo de evaluación.

Tabla 1: Ventajas y desventajas de la evaluación cuantitativa y cualitativa

Tipo de evaluación	Ventajas	Desventajas
Cuantitativa	<ul style="list-style-type: none">- Permite la comparación entre grupos o estudiantes.- Facilita la obtención de datos objetivos y generalizables.- Es útil para la toma de decisiones administrativas y políticas educativas.- Instrumentos de aplicación masiva.	<ul style="list-style-type: none">- Puede descontextualizar el aprendizaje.- No considera aspectos emocionales, sociales o culturales.- Limita la retroalimentación personalizada.- Favorece la memorización.
Cualitativa	<ul style="list-style-type: none">- Aporta comprensión profunda del proceso de aprendizaje.- Se adapta a contextos diversos y específicos.- Promueve la reflexión docente.- Da voz al estudiante.	<ul style="list-style-type: none">- Resulta más difícil de sistematizar y generalizar.- Requiere más tiempo para su aplicación e interpretación.- Puede generar sesgos en la interpretación si no se triangula.

Pese a estas diferencias, muchos especialistas coinciden en la importancia de articular ambos enfoques desde una perspectiva integral. Según Muñoz y Solís (2021), la triangulación de métodos cuantitativos y cualitativos no solo fortalece la validez

de los procesos evaluativos, sino que contribuye a una mejor comprensión del aprendizaje desde múltiples dimensiones: cognitiva, emocional, social y ética. De hecho, en el contexto ecuatoriano, las políticas educativas actuales han promovido el uso combinado de instrumentos numéricos con evidencias cualitativas en portafolios, proyectos integradores y procesos de evaluación formativa.

2.2.1. Técnicas e instrumentos de evaluación cuantitativa y cualitativa

En el diseño de procesos evaluativos efectivos, la selección de técnicas e instrumentos debe responder al enfoque metodológico adoptado. Las evaluaciones cuantitativas y cualitativas no solo difieren en sus fundamentos epistemológicos, sino también en las herramientas que emplean para recabar, sistematizar e interpretar la información. A continuación, se presentan las técnicas e instrumentos más representativos de cada enfoque, acompañados de una breve explicación sobre su uso en contextos educativos.

En la evaluación cuantitativa donde se apoya en datos numéricos que permiten realizar comparaciones objetivas, establecer niveles de logro y generar informes estandarizados. Los instrumentos utilizados suelen ser estructurados y de aplicación masiva.

Figura 6: Técnicas e instrumentos de evaluación cuantitativa



La evaluación cuantitativa se caracteriza por el uso de técnicas estructuradas que permiten obtener resultados objetivos, medibles y comparables. Entre las técnicas más frecuentemente empleadas se encuentran las pruebas objetivas, las cuales incluyen ítems como selección múltiple, verdadero o falso, completar espacios y emparejar conceptos. Estas pruebas están diseñadas para medir conocimientos específicos de manera confiable y estandarizada.

Otra técnica ampliamente utilizada son los cuestionarios cerrados, los cuales permiten recolectar datos sobre opiniones, actitudes o percepciones estudiantiles a través de escalas tipo Likert. Este tipo de instrumentos facilita el análisis estadístico y la comparación entre grupos. Asimismo, los ejercicios estructurados constituyen una técnica esencial para evaluar habilidades académicas, especialmente

en áreas como matemáticas, ciencias o lenguas, donde se espera una única solución correcta y precisa. Finalmente, la observación sistemática con categorías cuantificables permite al docente registrar la frecuencia o intensidad de conductas previamente definidas, generando información útil para el análisis de desempeño en contextos reales de aula.

En cuanto a los instrumentos que operativizan estas técnicas, destacan los exámenes escritos, tanto estandarizados como diseñados por el docente, los cuales se apoyan en criterios definidos para valorar el nivel de logro alcanzado por los estudiantes. Las listas de cotejo constituyen otra herramienta clave, ya que permiten verificar de manera binaria (sí/no) la presencia de determinados indicadores o habilidades durante una actividad. A su vez, las escalas de valoración facilitan la asignación de niveles de dominio, expresados normalmente en categorías numéricas o descriptivas. Por último, las rúbricas numéricas ofrecen una evaluación más detallada de competencias específicas, estableciendo rangos de desempeño según criterios graduados (por ejemplo, del 1 al 4), lo que permite una retroalimentación más precisa y formativa.

Este conjunto de técnicas e instrumentos configura una batería robusta para medir el aprendizaje desde una perspectiva cuantitativa, favoreciendo

la transparencia, la objetividad y la toma de decisiones pedagógicas informadas.

Por otro lado, la evaluación cualitativa, prioriza la interpretación contextual del aprendizaje y la comprensión profunda de los procesos individuales o grupales. Sus instrumentos favorecen el análisis reflexivo, la participación del estudiante y la construcción colectiva del conocimiento.

Figura 7: Técnicas e instrumentos de evaluación cualitativa



A diferencia del enfoque cuantitativo, la evaluación cualitativa se centra en la comprensión profunda y contextual del proceso de aprendizaje. En este sentido, las técnicas empleadas no buscan generalizar resultados, sino interpretar las experiencias individuales y colectivas de los estudiantes dentro de su entorno escolar.

Entre las técnicas más frecuentes destaca la observación participante o abierta, donde el docente actúa como observador activo en el aula, registrando espontáneamente actitudes, habilidades sociales, formas de interacción y estilos de aprendizaje. Esta técnica permite captar matices que van más allá de lo medible, brindando información rica para la retroalimentación y el acompañamiento.

Otra técnica relevante es la entrevista semiestructurada o abierta, que ofrece un espacio para explorar percepciones, emociones y motivaciones del estudiante. Su carácter flexible permite al docente indagar en profundidad sobre procesos personales que influyen en el rendimiento académico. Junto a ella, el estudio de caso emerge como una herramienta de análisis integral de una situación educativa específica, ya sea individual o grupal, permitiendo comprender fenómenos complejos con una mirada holística.

Asimismo, los grupos focales se convierten en espacios valiosos para recoger la voz del estudiantado. A través de la interacción grupal guiada, es posible identificar patrones, preocupaciones comunes y propuestas de mejora en relación con la enseñanza y la evaluación.

Respecto a los instrumentos más representativos de este enfoque, el diario de clase o de aprendizaje

ocupa un lugar fundamental, ya que permite al estudiante reflexionar de manera autónoma sobre sus experiencias, dificultades, progresos y emociones vinculadas al aprendizaje. El portafolio, por su parte, recopila una variedad de evidencias que documentan el desarrollo del estudiante a lo largo del tiempo, mostrando la evolución de sus competencias, su creatividad y su capacidad de autorregulación.

Las rúbricas cualitativas complementan esta visión al describir detalladamente los niveles de desempeño en tareas complejas, empleando un lenguaje comprensible y contextualizado que orienta al estudiante en su proceso de mejora. Finalmente, los registros anecdóticos permiten al docente sistematizar observaciones significativas sobre conductas, logros o situaciones relevantes en la trayectoria del alumno, aportando elementos clave para una evaluación más justa e inclusiva.

En conjunto, estas técnicas e instrumentos otorgan a la evaluación cualitativa una potencia interpretativa que no solo enriquece la comprensión del aprendizaje, sino que también fortalece el vínculo pedagógico entre docente y estudiante.

2.3. Autoevaluación, coevaluación y heteroevaluación

La evaluación en el ámbito educativo no debe

entenderse únicamente como un proceso unidireccional desde el docente hacia el estudiante. Las prácticas evaluativas contemporáneas reconocen el valor de involucrar activamente a todos los actores del proceso educativo en la apreciación del aprendizaje, lo que ha dado lugar a tres modalidades complementarias: la autoevaluación, la coevaluación y la heteroevaluación. Estas prácticas permiten no solo ampliar las perspectivas evaluativas, sino también fomentar la autorregulación, la responsabilidad y la construcción colectiva del conocimiento.

2.3.1. Autoevaluación

La autoevaluación se refiere a la capacidad del estudiante para juzgar su propio desempeño, identificar sus logros y reconocer sus áreas de mejora. Esta práctica fomenta la metacognición, ya que el alumno reflexiona sobre su aprendizaje, sus estrategias y sus resultados. La autoevaluación fortalece el sentido de autonomía, responsabilidad y compromiso, aspectos fundamentales para el desarrollo de aprendizajes significativos. De acuerdo con (Halimah et al., 2023), la implementación de la autoevaluación contribuye a mejorar la autorregulación y la motivación intrínseca, al tiempo que permite al docente acceder a una visión interna del proceso vivido por el estudiante.

En el contexto latinoamericano, donde muchos

sistemas educativos aún conservan estructuras evaluativas tradicionales, la autoevaluación representa un cambio de paradigma. No solo empodera al estudiante, sino que permite una evaluación más humana y centrada en el sujeto que aprende. Su finalidad va más allá de emitir un juicio: busca formar conciencia crítica sobre el propio proceso formativo. Es por ello que debe estar acompañada de guías claras, rúbricas orientadoras y espacios de reflexión estructurada. En instituciones educativas que promueven la cultura evaluativa formativa, la autoevaluación es vista como un derecho del estudiante a ser escuchado y como un mecanismo para fortalecer su identidad académica y emocional.

2.3.2. Coevaluación

La coevaluación, por su parte, implica que los estudiantes evalúan a sus pares. Esta práctica promueve el trabajo colaborativo, la empatía y la comprensión crítica de los criterios de evaluación. Cuando se implementa adecuadamente, la coevaluación no solo permite fortalecer la capacidad de análisis y argumentación, sino que también genera un ambiente de aula más horizontal, donde el conocimiento y la mejora son compartidos. Según Gallardo et al. (2025) esta modalidad refuerza el sentido de comunidad en el aprendizaje y mejora las competencias comunicativas, al permitir que los

estudiantes expresen observaciones constructivas con respeto y criterio.

En cuanto a su contexto de aplicación, la coevaluación es especialmente útil en proyectos grupales, trabajos colaborativos o presentaciones orales, donde cada estudiante puede aportar su mirada crítica al desempeño de los demás. Su finalidad no es únicamente evaluar al otro, sino también afinar el juicio propio al contrastarlo con los criterios y estándares establecidos. Además, favorece la corresponsabilidad en el aula, ya que los estudiantes se sienten parte activa del proceso educativo. En sistemas educativos que promueven la ciudadanía y la participación, la coevaluación es una herramienta valiosa para formar sujetos críticos, solidarios y con capacidad para construir conocimiento de forma colectiva.

2.3.3. Heteroevaluación

La heteroevaluación es el tipo más tradicional, en el cual el docente es quien evalúa el desempeño del estudiante. Aunque ha sido históricamente la modalidad dominante, su valor sigue siendo esencial, especialmente cuando se combina con las otras dos. La heteroevaluación debe estar guiada por criterios claros, objetivos y comunicados previamente al estudiante. Además, debe ser acompañada de retroalimentación formativa que oriente y motive el proceso de mejora. En contextos

como el ecuatoriano, donde se busca fortalecer la equidad y la inclusión educativa, es fundamental que la heteroevaluación no sea vista como un juicio definitivo, sino como un proceso orientador que reconoce el potencial de cada estudiante.

Su finalidad es múltiple, informar sobre los logros, identificar dificultades, proponer rutas de mejora y certificar aprendizajes. Sin embargo, para que la heteroevaluación sea realmente formativa, debe abandonar el enfoque punitivo y centrarse en acompañar al estudiante. En este sentido, se convierte en un acto ético y pedagógico que requiere sensibilidad, formación y compromiso docente. La heteroevaluación también debe reconocer la diversidad del estudiantado y adaptarse a sus contextos, evitando la aplicación mecánica de pruebas estandarizadas que invisibilizan trayectorias y realidades distintas. Bien implementada, es una herramienta poderosa para transformar la práctica educativa, renovar el vínculo docente-estudiante y garantizar el derecho a una educación justa y significativa.

Estas tres modalidades pueden y deben coexistir en el aula. Su integración adecuada no solo diversifica las fuentes de información evaluativa, sino que también transforma el rol del estudiante, quien pasa de ser un sujeto pasivo a convertirse en un agente activo de su propio aprendizaje. Tal como lo señalan

Proença y Vera (2025), un enfoque evaluativo que articula la autoevaluación, la coevaluación y la heteroevaluación contribuye al desarrollo de competencias para la vida, tales como la autonomía, la colaboración y la reflexión crítica, pilares de una educación integral y transformadora.

2.3.4. Triangulación de las evaluaciones

En el marco de una evaluación integral y formativa, se vuelve necesario comprender cómo interactúan las diferentes modalidades evaluativas. La triangulación entre autoevaluación, coevaluación y heteroevaluación permite ampliar la mirada sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje, al recoger diversas voces y perspectivas. Este enfoque promueve la equidad, la transparencia y la corresponsabilidad, favoreciendo una toma de decisiones pedagógicas más justa y contextualizada. Cada tipo de evaluación aporta información única: la autoevaluación revela percepciones internas y metacognición; la coevaluación introduce el juicio del par; y la heteroevaluación aporta la experiencia profesional del docente. Lejos de ser excluyentes, estas modalidades se complementan entre sí, fortaleciendo la comprensión del proceso educativo en su totalidad.

Figura 8: Triangulación de las evaluaciones



El gráfico presentado, en forma de diagrama de Venn, ilustra de manera clara y sintética las relaciones, similitudes y diferencias entre la autoevaluación, la coevaluación y la heteroevaluación, enmarcadas dentro de una visión integradora de la evaluación educativa. Cada uno de los círculos representa una de estas tres modalidades, y sus zonas de intersección reflejan los puntos comunes que comparten entre sí, así como los aportes únicos que cada una proporciona.

En la sección correspondiente a la autoevaluación, se evidencia su carácter introspectivo, ya que permite al estudiante tomar conciencia de su

propio proceso de aprendizaje, identificar fortalezas y debilidades, y fortalecer la autorregulación y la metacognición. Esta modalidad destaca por empoderar al estudiante como protagonista de su formación, favoreciendo una cultura de autonomía académica.

Por otro lado, la coevaluación subraya el valor de la colaboración y la crítica constructiva entre pares. En esta práctica, los estudiantes asumen un rol activo al emitir juicios sobre el trabajo de sus compañeros, basándose en criterios previamente establecidos. Esto no solo fortalece habilidades sociales como la empatía y el respeto, sino que también promueve un aprendizaje compartido, horizontal y significativo.

En cuanto a la heteroevaluación, su aporte principal radica en el juicio profesional del docente, quien no solo valora el rendimiento académico del estudiante con base en estándares y criterios claros, sino que también guía el proceso formativo mediante retroalimentación constante. Esta modalidad sigue siendo fundamental para certificar aprendizajes y tomar decisiones pedagógicas fundadas.

Las zonas de intersección del diagrama revelan elementos comunes entre las tres evaluaciones: todas deben orientarse a la mejora continua del aprendizaje, apoyarse en criterios transparentes, y promover la participación activa del estudiante en su proceso formativo. En el centro de la figura, donde

confluyen las tres modalidades, se sitúan los principios de la evaluación formativa, la corresponsabilidad, la retroalimentación significativa y el desarrollo de competencias clave como la reflexión crítica, la comunicación y la autogestión.

Este enfoque triangulado, visualizado en el gráfico, permite comprender que ninguna de las tres modalidades debe aplicarse de forma aislada. Su combinación armónica en el aula fortalece la justicia educativa, favorece la inclusión, y transforma la evaluación en una herramienta pedagógica poderosa al servicio del aprendizaje. En contextos educativos como el ecuatoriano, esta articulación cobra especial relevancia para construir una cultura evaluativa más democrática, ética y transformadora.

2.4. Evaluación auténtica y contextualizada

La evaluación auténtica y contextualizada ha emergido como una respuesta crítica frente a las limitaciones de las prácticas evaluativas tradicionales, centradas en la reproducción de contenidos y la aplicación de pruebas estandarizadas. Este enfoque se basa en la idea de que los aprendizajes deben ser evaluados en contextos reales o simulados que reflejen los desafíos y situaciones que los estudiantes enfrentarán en su vida cotidiana, académica o profesional. Su propósito es valorar el uso significativo del conocimiento, más allá de su mera acumulación.

La evaluación auténtica se distingue por su vinculación con tareas complejas, significativas y pertinentes para el entorno del estudiante. Estas tareas requieren aplicar saberes en la resolución de problemas reales, argumentar con base en evidencias, tomar decisiones, colaborar con otros y producir productos que tengan valor fuera del aula. De acuerdo con Maskos et al. (2025) este tipo de evaluación favorece el desarrollo de competencias integrales y eleva el compromiso del estudiante, al conectar el aprendizaje con sus intereses y aspiraciones.

Una característica fundamental de esta modalidad es su capacidad para adaptarse al contexto sociocultural de los estudiantes (García, 2024). En países latinoamericanos como Ecuador, donde las realidades educativas están atravesadas por la diversidad lingüística, étnica y territorial, la evaluación contextualizada cobra especial relevancia. Permite valorar no solo el resultado académico, sino también el proceso, la trayectoria y los recursos disponibles en entornos rurales, urbanos o interculturales. Según Bell y Orozco (2022), este tipo de evaluación debe ser culturalmente sensible, flexible y alineada con los principios de justicia educativa e inclusión.

Entre los instrumentos más utilizados en la evaluación auténtica destacan los proyectos interdisciplinarios, los estudios de caso, los portafolios, las tareas

integradoras, las presentaciones orales, los informes técnicos, las prácticas en laboratorio o campo, así como las simulaciones. Todos ellos tienen en común el requerimiento de desempeños complejos, reflexivos y creativos. Además, suelen ir acompañados de rúbricas cualitativas que permiten valorar procesos y productos en función de criterios claramente establecidos, pero abiertos a múltiples formas de expresión del aprendizaje.

La evaluación auténtica no solo transforma lo que se evalúa, sino también cómo se aprende. Al generar desafíos cognitivos reales y significativos, promueve la motivación intrínseca, el pensamiento crítico y la transferencia del conocimiento a nuevas situaciones. Tal como lo plantean Sortwell et al. (2024), este enfoque resulta particularmente efectivo para desarrollar habilidades del siglo XXI, como la colaboración, la comunicación efectiva, la innovación y la adaptabilidad.

Finalmente, para que esta evaluación sea verdaderamente formativa, debe ir acompañada de retroalimentación constante y procesos de reflexión conjunta entre docente y estudiante. De esta manera, se convierte en una herramienta poderosa para construir conocimiento situado, relevante y transformador. En contextos como el ecuatoriano, donde se busca articular la educación con los territorios y las necesidades locales, la

evaluación auténtica y contextualizada representa un camino prometedor hacia una educación más pertinente, significativa y emancipadora.

CAPÍTULO III

EVALUACIÓN FORMATIVA Y SU IMPACTO EN EL APRENDIZAJE



La evaluación formativa ha cobrado un papel central como estrategia para transformar los procesos de enseñanza y aprendizaje, alejándose de la lógica sancionadora y acercándose a una visión pedagógica centrada en el acompañamiento del estudiante. A diferencia de las evaluaciones tradicionales que suelen enfocarse en certificar logros al final de un proceso, la evaluación formativa se caracteriza por su capacidad para generar evidencias del aprendizaje en tiempo real, con el propósito de retroalimentar, ajustar y fortalecer la experiencia educativa de manera continua.

Este enfoque responde a la necesidad de construir una cultura evaluativa más humana, dialógica y equitativa, donde la evaluación no sea vista como un fin en sí mismo, sino como una herramienta al servicio del desarrollo integral del estudiante. Diversos estudios recientes han confirmado su efectividad para mejorar la comprensión conceptual, la motivación intrínseca y la autorregulación del aprendizaje (Xuan et al., 2022; Sortwell et al., 2024). En contextos como el latinoamericano, donde persisten brechas educativas significativas, la evaluación formativa representa una oportunidad clave para promover prácticas más inclusivas, pertinentes y centradas en el sujeto que aprende.

Este capítulo se estructura en tres apartados principales. En primer lugar, se analiza el valor de

la retroalimentación efectiva y oportuna como núcleo de la evaluación formativa; posteriormente, se aborda el carácter continuo y regulador de esta práctica; y finalmente, se presentan casos prácticos de aplicación en aula que demuestran su impacto en distintos niveles educativos. En conjunto, estos contenidos buscan ofrecer al lector una comprensión profunda del potencial transformador de la evaluación formativa, tanto en el plano teórico como en la praxis docente.

3.1. Retroalimentación efectiva y oportuna

La retroalimentación es el eje articulador de la evaluación formativa y se ha consolidado como uno de los elementos más influyentes en la mejora del aprendizaje. Su efectividad radica no solo en la entrega de información sobre el desempeño del estudiante, sino también en su capacidad para orientar, motivar y generar oportunidades de mejora (Tanevitch et al., 2024). En este sentido, la retroalimentación debe ser comprendida no como una simple corrección de errores, sino como un proceso pedagógico bidireccional que impulsa la reflexión crítica, la toma de conciencia y la regulación del propio aprendizaje.

Diversos estudios han evidenciado que la retroalimentación efectiva tiene un impacto positivo significativo en el desarrollo de competencias cognitivas y metacognitivas. Según Xuan et al.

(2022), la calidad de la retroalimentación es un predictor importante del rendimiento académico, especialmente cuando se entrega de forma oportuna, específica y en términos comprensibles para el estudiante. Asimismo, Sortwell et al. (2024) subrayan que la retroalimentación fomenta el pensamiento crítico y la motivación intrínseca, al permitir al estudiante comprender sus fortalezas, reconocer sus debilidades y visualizar rutas de mejora.

Desde un enfoque constructivista, la retroalimentación se concibe como un proceso comunicativo que va más allá de la transmisión unidireccional de información. Se trata de una interacción pedagógica que estimula la toma de decisiones del estudiante en la construcción de su conocimiento, fortaleciendo su sentido de agencia, autorregulación y compromiso con el aprendizaje (Dawson et al., 2020). De esta forma, el estudiante se convierte en un aprendiz profundo, movido por la motivación intrínseca, el orgullo por sus logros y el deseo genuino de superación.

Vera (2022) propone una secuencia de cuatro pasos esenciales en la retroalimentación formativa efectiva:

- **Aclarar** consiste en identificar y dialogar sobre aspectos que no han sido comprendidos del todo por el estudiante, ayudándole a alcanzar una mejor

comprensión conceptual. La relevancia de este paso radica en que, mediante preguntas significativas, el estudiante logra establecer conexiones más profundas con el contenido.

• **Valorar** enfatiza los logros y fortalezas del estudiante, promoviendo la autovaloración, el reconocimiento emocional y la empatía, condiciones claves para una respuesta positiva a los comentarios. La valoración refuerza la autoestima y fortalece la confianza del alumno en su capacidad para mejorar.

• **Expresar inquietudes** permite establecer acuerdos con los estudiantes sobre aspectos que pueden dificultar su desempeño (tiempo, recursos, comprensión de consignas), fortaleciendo la comunicación asertiva y la planificación conjunta. Se debe escuchar al estudiante, reconociendo las condiciones reales que enfrenta para realizar sus tareas.

• **Sugerir mejoras** una vez analizado el trabajo del estudiante, se brindan orientaciones concretas para mejorar, con énfasis en el respeto por la autonomía del estudiante, quien decide si las aplica. Esta etapa ayuda a fomentar la reflexión y promueve un aprendizaje autorregulado.

Figura 9: retroalimentación efectiva y oportuna



Además, la retroalimentación puede clasificarse en formal e informal. La retroalimentación informal, según Duarte y Rodríguez (2021) no se expresa en una calificación numérica, sino que ocurre en diálogos espontáneos entre el docente y el alumno o entre compañeros, siendo altamente valorada por su capacidad de clarificar ideas y fomentar la autorreflexión. Este tipo de retroalimentación es más útil para estimular la comprensión que las instancias formales.

Valle et al. (2016) plantea que la retroalimentación puede desarrollarse en cuatro niveles:

- **Sobre la tarea** se enfoca en la calidad de la realización de la tarea, diferenciando respuestas

correctas e incorrectas, además estimula la adquisición de información nueva y la construcción de conocimiento profundo.

- **Sobre el proceso** permite al estudiante identificar errores y reformular estrategias, promoviendo el aprendizaje autorregulado.

- **Sobre la autorregulación** que involucra aspectos como la autodirección, el autocontrol y la autogestión, aquí, la calidad de la retroalimentación es clave para que el estudiante monitoree su desempeño y corrija sus errores.

- **Sobre el “yo”** donde se busca fortalecer la autoestima y el compromiso afectivo del estudiante. Aunque menos eficaz en términos cognitivos, es fundamental para motivar el esfuerzo y el involucramiento.

Figura 10: Evaluación continua sobre la retroalimentación



Asimismo, la retroalimentación formativa debe desarrollarse en una lógica integral, que incluya espacios de autoevaluación y coevaluación, de modo que todos los actores del proceso de enseñanza-aprendizaje estén implicados activamente (Moreno, 2023). Sin embargo, muchos estudiantes carecen de estrategias para aprovechar la retroalimentación, por lo que el docente debe enseñar explícitamente cómo interpretar y actuar sobre los comentarios recibidos. Según Morales et al. (2023) en el contexto educativo latinoamericano, donde muchas veces la evaluación ha estado marcada por enfoques punitivos y transmisivos, avanzar hacia una retroalimentación efectiva implica un cambio de paradigma.

Requiere repensar los tiempos escolares, las metodologías y la formación docente, para que la retroalimentación no sea una actividad complementaria, sino un componente esencial del quehacer pedagógico. Tal como señala Vera (2022), construir ambientes donde la retroalimentación sea constante, formativa y significativa es un paso fundamental hacia una educación más equitativa, centrada en el aprendizaje y en el bienestar integral del estudiante.

En suma, la retroalimentación efectiva y oportuna constituye una herramienta transformadora que, cuando es bien implementada, no solo mejora

los resultados académicos, sino que potencia la autonomía, la motivación y la conciencia reflexiva del estudiantado.

3.2. Evaluación continua y reguladora del proceso

La evaluación continua y reguladora representa una de las prácticas más significativas dentro de la evaluación formativa, ya que permite monitorear de forma permanente el desarrollo del aprendizaje, en lugar de reducirlo a mediciones aisladas al final de un proceso. Este tipo de evaluación se fundamenta en una mirada procesual, dinámica y adaptativa del aprendizaje, reconociendo que cada estudiante transita caminos diferentes, con ritmos, estilos y condiciones particulares que deben ser atendidas para lograr una educación inclusiva y significativa (Dawson et al., 2020).

A diferencia de la evaluación sumativa tradicional, que se enfoca en calificar productos terminados o verificar si se alcanzaron determinados resultados, la evaluación continua y reguladora busca identificar el nivel de progreso del estudiante en distintos momentos del proceso educativo, esta perspectiva permite intervenir de manera oportuna, generando ajustes didácticos, propuestas de mejora y acciones de acompañamiento que fomenten la autorregulación del aprendizaje y el desarrollo integral del educando.

En este sentido, la evaluación continua se convierte en una herramienta de carácter diagnóstico, formativo y predictivo, ya que no solo identifica fortalezas y debilidades en tiempo real, sino que orienta decisiones pedagógicas inmediatas y anticipa posibles obstáculos que podrían dificultar el logro de los objetivos educativos. Según Asíú et al. (2021), el concepto de regulación implica una transformación activa de los aprendizajes a partir de la interacción entre tres niveles fundamentales: la regulación del docente sobre la enseñanza, la autorregulación del estudiante sobre su propio aprendizaje y la regulación conjunta mediante la interacción pedagógica.

La función reguladora de la evaluación se materializa a través de la observación sistemática, el análisis cualitativo y cuantitativo de evidencias, y la retroalimentación constante que permita reorientar los procesos didácticos. En este proceso, el docente se posiciona como un mediador del conocimiento, que no impone saberes, sino que los construye junto con el estudiante a partir de preguntas orientadoras, tareas abiertas, rúbricas explicativas, guías de seguimiento y momentos de diálogo que promuevan la reflexión metacognitiva.

Desde esta lógica, la evaluación continua no es un momento, sino una actitud docente que impregna toda la práctica pedagógica. Implica estar atento

a lo que el estudiante dice, hace, resuelve, produce y siente, generando múltiples espacios de expresión y participación que evidencien el avance real del aprendizaje. Tal como afirman García (2024), para que la evaluación sea verdaderamente reguladora, debe cumplir con tres principios fundamentales: ser constante, ser flexible y estar integrada al currículo y a las metodologías activas.

Asimismo, la evaluación continua debe incorporar diversos instrumentos y técnicas, tanto cuantitativas como cualitativas, que permitan recoger información desde múltiples perspectivas: listas de cotejo, rúbricas analíticas, diarios reflexivos, portafolios, entrevistas, registros anecdóticos, observaciones estructuradas, entre otros, esta variedad metodológica favorece una comprensión más profunda del proceso, evitando juicios superficiales o reduccionistas sobre el desempeño del estudiante.

Otro aspecto clave de la evaluación continua es su capacidad para fortalecer la autonomía y la conciencia crítica del estudiante, cuando se brinda información clara, pertinente y oportuna sobre sus avances, el alumno puede asumir un rol activo en la toma de decisiones sobre su propio aprendizaje (Gallardo et al., 2025). Esto lo motiva a revisar sus errores, establecer nuevas metas, autorregular sus estrategias y perseverar en la construcción de conocimientos, en este sentido, se refuerza la

dimensión ética y formativa de la evaluación, al colocar al estudiante en el centro del proceso educativo, no como objeto de evaluación, sino como sujeto protagonista de su aprendizaje.

En contextos educativos diversos, como los de América Latina, donde las desigualdades estructurales, las limitaciones de recursos y las prácticas tradicionales aún prevalecen, la evaluación continua y reguladora se presenta como una estrategia clave para promover la equidad y la justicia educativa, al ofrecer múltiples oportunidades y formas de mostrar el aprendizaje, se reconoce la diversidad de saberes, trayectorias y potencialidades de los estudiantes, favoreciendo su inclusión y participación efectiva (Halimah et al., 2023).

Por otro lado, implementar una evaluación continua exige una transformación profunda del rol docente, quien ya no puede limitarse a calificar, sino que debe actuar como un investigador de su aula, un facilitador del aprendizaje y un acompañante cercano del desarrollo estudiantil. Esta función requiere competencias evaluativas sólidas, conocimiento pedagógico actualizado y sensibilidad ante las particularidades de cada grupo. Tal como indica Tanevitch et al. (2024) la evaluación reguladora demanda una práctica docente reflexiva, ética y comprometida con la mejora continua.

Por tal razón, la evaluación continua y reguladora del proceso no solo permite detectar con mayor precisión los avances o dificultades de los estudiantes, sino que ofrece la posibilidad de transformar la enseñanza y el aprendizaje en acciones más dialógicas, flexibles y humanizadas. Requiere planificación, observación, análisis, comunicación y, sobre todo, una convicción pedagógica de que evaluar no es sancionar, sino acompañar para crecer. Así, la evaluación deja de ser el final del camino para convertirse en un hilo conductor del aprendizaje, profundamente integrado a cada momento del quehacer educativo.

3.3. Casos prácticos en aula

La evaluación formativa alcanza su verdadero potencial cuando se traduce en experiencias tangibles en el contexto real del aula. Más allá de los principios teóricos y los marcos conceptuales, es en la cotidianidad del proceso pedagógico donde se manifiestan sus efectos transformadores. A través de casos prácticos, es posible evidenciar cómo la retroalimentación efectiva, la evaluación continua y los instrumentos alternativos se articulan para mejorar significativamente la calidad del aprendizaje. Estas prácticas, aplicadas en contextos educativos latinoamericanos, demuestran que es posible avanzar hacia modelos evaluativos más humanizantes, inclusivos y centrados en el estudiante,

incluso en condiciones de infraestructura limitada o con alta carga docente.

• Caso 1: Diario de aprendizaje en Lengua y Literatura

En una institución educativa fiscal de Ecuador, la docente de segundo año de Bachillerato General Unificado (BGU) implementó el uso sistemático de diarios de aprendizaje, esta herramienta permitió a los estudiantes registrar, de manera reflexiva, sus avances, dificultades y descubrimientos personales frente a la lectura de textos literarios como parte de su proceso de comprensión crítica.

Cada semana, la docente revisaba los diarios y realizaba anotaciones individualizadas, no solo con sugerencias académicas, sino también con preguntas que incentivaban la autorreflexión, esta práctica permitió identificar bloqueos cognitivos, lagunas conceptuales y aspectos emocionales que influían en el rendimiento, los cuales no eran perceptibles a través de las evaluaciones tradicionales.

Impacto pedagógico:

- ✓ Aumento en la profundidad interpretativa de los textos.
- ✓ Mejora en la expresión escrita y argumentación.
- ✓ Revalorización de la evaluación como proceso formativo.

- ✓ Establecimiento de un vínculo afectivo pedagógico más estrecho entre docente y estudiante.

- Caso 2: Rúbricas participativas en Ciencias Naturales

En una unidad educativa rural del cantón Otavalo, un docente de Ciencias Naturales decidió incorporar la voz estudiantil en el proceso evaluativo mediante la elaboración colaborativa de rúbricas, en el marco de una actividad de exposición sobre ecosistemas, el grupo de 8vo año diseñó, junto con el docente, los criterios y niveles de logro que utilizarían para evaluarse entre sí.

Este ejercicio de metacognición colectiva permitió a los estudiantes comprender qué se esperaba de ellos, cómo alcanzar la calidad deseada y cómo valorar el trabajo de sus compañeros con responsabilidad y respeto, durante las exposiciones, se aplicaron rúbricas de coevaluación, autoevaluación y evaluación docente.

Impacto pedagógico:

- ✓ Promoción del pensamiento crítico y la responsabilidad evaluativa.
- ✓ Mayor compromiso con la preparación de los trabajos.
- ✓ Desarrollo de habilidades de argumentación oral y respeto por la diversidad de perspectivas.

- ✓ Cambio de percepción hacia la evaluación como espacio de diálogo y crecimiento.

- Caso 3: Portafolio digital en Matemáticas

En un colegio urbano de Quito, un docente de Matemáticas integró portafolios digitales como herramienta central para documentar el proceso de aprendizaje de sus estudiantes de primer año de BGU, utilizando plataformas como Google Sites y Drive, los estudiantes registraron evidencias semanales, reflexiones personales, tareas resueltas y desafíos superados en relación con temas como funciones, álgebra y estadística.

Cada portafolio incluía secciones específicas para la autoevaluación y retroalimentación docente. Al final de cada quimestre, se realizaba una presentación individual del portafolio ante el docente y un grupo reducido de compañeros, lo que fomentaba el aprendizaje entre pares.

Impacto pedagógico:

- ✓ Fomento de la autorregulación y autonomía en la gestión del conocimiento.
- ✓ Mayor comprensión del proceso matemático más allá del resultado.
- ✓ Desarrollo de competencias digitales integradas al currículo.

- ✓ Transformación del rol docente en facilitador del pensamiento matemático reflexivo.
- Caso 4: Evaluación dialógica en Educación General Básica

En una escuela de la provincia de Manabí, una maestra de cuarto grado implementó prácticas de evaluación dialógica como estrategia cotidiana para promover la metacognición desde edades tempranas, al cierre de cada jornada escolar, los estudiantes participaban en círculos de diálogo guiados por preguntas como: “¿Qué fue lo más fácil o difícil del día?”, “¿Qué aprendiste que no sabías antes?”, o “¿A quién le pedirías ayuda mañana?”.

Estas conversaciones breves eran registradas en un mural colectivo y en cuadernos individuales, los datos recolectados semanalmente servían como insumo para la planificación adaptativa de la maestra, quien ajustaba sus estrategias en función de las necesidades reales del grupo.

Impacto pedagógico:

- Fortalecimiento del pensamiento reflexivo y del lenguaje emocional.
- Establecimiento de relaciones horizontales entre docentes y estudiantes.
- Visibilización de obstáculos que limitan el aprendizaje.

- Clima de aula más empático, participativo y orientado al diálogo.

Análisis transversal

Los casos analizados permiten identificar un patrón común: la evaluación formativa no requiere grandes recursos tecnológicos ni cambios estructurales radicales, sino una profunda voluntad pedagógica por parte del docente para transformar el aula en un espacio de aprendizaje continuo. Estas experiencias evidencian que:

La evaluación puede ser un motor de cambio cuando se centra en el proceso y no únicamente en el resultado final.

El estudiante se convierte en protagonista activo, construyendo y regulando su aprendizaje con mayor conciencia.

El docente transita de ser un mero calificador a un mediador crítico y reflexivo.

Se genera una cultura evaluativa participativa, en la que todos los actores tienen voz y responsabilidad.

Incorporar estas prácticas requiere también una redefinición del concepto de éxito escolar: más allá de las calificaciones, se valora el desarrollo integral del estudiante, su capacidad de reflexión, su participación activa y su crecimiento personal. En este sentido, los casos prácticos se convierten

en ejemplos inspiradores que demuestran que es posible hacer de la evaluación una verdadera estrategia de inclusión, equidad y transformación educativa.

CAPÍTULO IV

EVALUACIÓN CON ENFOQUE METACOGNITIVO



En el contexto de las transformaciones educativas del siglo XXI, la evaluación ya no puede limitarse a constatar resultados, sino que debe convertirse en una herramienta que potencie los procesos de pensamiento, reflexión y autorregulación del estudiante. Es en este marco donde adquiere relevancia el enfoque metacognitivo de la evaluación, el cual promueve que los estudiantes no solo aprendan, sino que aprendan a aprender, desde esta perspectiva, evaluar implica ofrecer oportunidades para que los alumnos reconozcan cómo piensan, cómo resuelven problemas, qué estrategias emplean y cómo pueden mejorarlas.

La metacognición, entendida como la capacidad de planificar, monitorear y regular los propios procesos cognitivos, se configura como un elemento clave para el aprendizaje autónomo, profundo y transferible, evaluar con enfoque metacognitivo implica, entonces, incorporar instrumentos, preguntas y estrategias que activen la reflexión constante sobre el propio desempeño, fomenten la toma de decisiones informadas y desarrollen habilidades de pensamiento de orden superior, este tipo de evaluación favorece la conciencia sobre el error como parte del aprendizaje, el análisis crítico de los propios aciertos y dificultades, así como el diseño de rutas personales de mejora.

Este capítulo profundiza en los principales

componentes de una evaluación metacognitiva, se explora, en primer lugar, cómo este enfoque favorece la autorregulación del estudiante en contextos reales de aula, posteriormente, se analiza su potencial para promover el pensamiento crítico y reflexivo, imprescindible para enfrentar desafíos complejos. También se presentan diversas estrategias para fomentar la conciencia metacognitiva, integradas en las prácticas de evaluación diaria. Finalmente, se abordan las rúbricas metacognitivas como instrumentos que no solo califican, sino que acompañan y guían al estudiante en su proceso reflexivo.

Adoptar una evaluación con enfoque metacognitivo no solo transforma la práctica docente, sino que fortalece la formación de aprendices autónomos, estratégicos y conscientes de su propio camino de desarrollo, lo cual es esencial para construir una educación más significativa, inclusiva y humanizadora.

4.1. Evaluación que favorece la autorregulación del estudiante

La autorregulación del aprendizaje es una capacidad compleja que implica que los estudiantes actúen de forma consciente y estratégica sobre su propio proceso cognitivo: planificar, monitorear, regular y evaluar sus actividades de aprendizaje (Larsen et al., 2021). En una evaluación con

enfoque metacognitivo, el rol del docente no es solamente calificar, sino diseñar oportunidades sistemáticas para que el estudiante desarrolle esta autorregulación como una habilidad permanente.

1. Fundamento teórico y evidencia empírica

Metacognitive regulation es decir, el control interno sobre el propio aprendizaje ha demostrado correlaciones positivas con logros académicos. Zepeda y Nokes-Malach (2023) evaluaron distintos métodos de medición de regulación metacognitiva (protocolos verbales, cuestionarios y juicios de conocimiento) y encontraron que la frecuencia de declaraciones evaluativas en protocolos verbales se relacionaba con componentes de control y depuración en cuestionarios posteriores.

Esto sugiere que cuando los estudiantes verbalizan sus planes y correcciones, desarrollan mejor conciencia de cómo gestionar sus procesos cognitivos. Otro estudio relevante es el de Kryshko et al. (2020) que investigó el efecto de la retroalimentación formativa sobre las habilidades metacognitivas al incluir retroalimentación mediante tecnología con preguntas guiadas, hallaron que esta intervención mejoró significativamente la capacidad de los estudiantes para monitorear y controlar sus estrategias de aprendizaje.

Además, el uso de rúbricas ha sido estudiado

como un catalizador para la autorregulación. En una revisión meta-analítica, Panadero et al. (2023) reportan un efecto moderado de las rúbricas sobre el aprendizaje académico ($g = 0,45$) y efectos menores pero positivos sobre el aprendizaje autorregulado ($g \approx 0,23$) y la autoeficacia ($g \approx 0,18$). Este hallazgo refuerza la idea de que cuando los estudiantes conocen criterios claros, pueden autorregular mejor sus procesos hacia esos estándares.

2. Estrategias concretas que favorecen autorregulación

Para que la evaluación impulse la autorregulación, se requiere diseñar y articular estrategias específicas, tales como:

Preguntas metacognitivas planificadas: incluir siempre momentos en la tarea o guía que inviten al estudiante a anticipar qué estrategias va a usar, cuáles serán sus criterios de éxito y posibles obstáculos, esto activa la fase de planificación del ciclo regulador.

Monitoreo guiado: al aplicar actividades (ejercicios, proyectos, tareas), establecer pausas estratégicas donde el estudiante revise su progreso, compare con criterios y realice ajustes, el docente puede modelar esta reflexión con “pienso en voz alta”.

Registro reflexivo/bitácoras metacognitivas: permitir que el estudiante registre qué estrategias usó,

qué funcionó, qué debe cambiar y por qué. Esto fortalece la fase de evaluación del ciclo regulador.

Retroalimentación de andamiaje metacognitivo: no basta decir “mejorar estructura”; se sugiere: “organiza tus ideas mediante este esquema, verifica cada sección antes de avanzar, revisa tus inferencias”. Las intervenciones deben guiar sobre cómo regular.

Autoevaluación con rúbricas orientadoras: que incluyan descriptores de planificación, monitoreo, control y evaluación del propio desempeño. El estudiante compara su trabajo con esos descriptores y decide mejoras concretas.

Conferencias de análisis regulador: encuentros individuales o grupales para discutir los registros metacognitivos, retroalimentación y decisiones de mejora. El docente actúa como mediador que orienta la reflexión.

3. Desafíos y consideraciones clave

Aunque estas estrategias son prometedoras, hay desafíos que deben considerarse:

Falta de competencia metacognitiva inicial: muchos estudiantes no han desarrollado conciencia ni vocabulario para pensar sobre su propio pensamiento. Por ello, la implementación debe incluir formación explícita sobre qué es la

metacognición y cómo funciona.

Carga cognitiva adicional: pedir que planifiquen, monitoreen y reflexionen simultáneamente puede agotar el recurso de atención del estudiante, si no se introduce gradualmente.

Tiempo y estructura curricular: la autorregulación requiere espacios planificados dentro del cronograma, no puede ser un añadido improvisado.

Apoyo docente permanente: el docente debe estar formado para interpretar registros metacognitivos, ofrecer retroalimentación regulatoria y ajustar su enseñanza en función de esos indicadores.

Contextualización cultural y disciplinar: las estrategias de autorregulación deben adaptarse a las particularidades del estudiante, la disciplina y el contexto educativo. No todos los modelos teóricos funcionan igual para todas las culturas o asignaturas.

4. Perspectiva latinoamericana y educativa

En contextos latinoamericanos, donde la educación muchas veces depende de modelos centrados en la memorización y la transmisión, fomentar la autorregulación mediante la evaluación implica una apuesta transformadora, se debe pasar de una cultura evaluativa que reproduce jerarquías a una cultura donde el estudiante sea agente activo de su aprendizaje.

Especialmente en Ecuador, donde los desafíos de desigualdad, recursos limitados y diversidad cultural son reales, dar prioridad a estrategias metacognitivas puede marcar una diferencia relevante, no se trata de implantar modelos ajenos, sino de adaptar las ideas con sensibilidad al contexto. La evaluación metacognitiva puede ayudar a estudiantes de zonas rurales o con menos recursos a tomar conciencia de sus propios procesos, mejorar progresivamente y reducir la brecha de rendimiento.

Una evaluación metacognitiva bien diseñada potencia la autorregulación del estudiante al integrarla a la planificación, monitoreo, ajuste y reflexión continua, cuando los estudiantes participan conscientemente en este ciclo, la evaluación deja de ser un juicio externo y se convierte en una brújula para aprender a aprender, fortaleciendo su autonomía, compromiso y éxito académico.

4.2. Promoción del pensamiento crítico y reflexivo

La evaluación educativa, cuando se aborda desde un enfoque metacognitivo, debe ir más allá de la mera verificación de contenidos memorísticos, su verdadero valor pedagógico reside en su capacidad para fomentar en los estudiantes habilidades superiores del pensamiento, entre ellas, el pensamiento crítico y reflexivo. Estas competencias resultan fundamentales en el siglo

XXI, dado que permiten al alumnado analizar, argumentar, cuestionar supuestos, tomar decisiones informadas y resolver problemas complejos de manera autónoma, ética y fundamentada (Butler, 2024).

El pensamiento crítico, entendido como la capacidad de razonar con lógica, evaluar evidencias, identificar falacias y emitir juicios bien sustentados, ha sido ampliamente reconocido como una competencia transversal esencial para todos los niveles educativos (Ennis, 2020). De igual forma, el pensamiento reflexivo complementa esta habilidad al invitar al estudiante a tomar conciencia de su propio proceso de aprendizaje, cuestionando sus acciones, sentimientos y decisiones con el fin de mejorar y aprender de manera significativa (Paul y Elder, 2023)

La evaluación metacognitiva se convierte en una poderosa herramienta para cultivar ambas competencias, en tanto estimula la autoindagación, la formulación de juicios y la argumentación razonada. Según Paul y Elder (2020), cuando la evaluación incorpora momentos de reflexión crítica sobre el proceso seguido, los criterios utilizados y las decisiones tomadas, se activa una forma más compleja de pensamiento que fortalece tanto la comprensión como la autonomía del aprendiz.

Diversas investigaciones han demostrado que

las estrategias de evaluación que promueven el pensamiento crítico incluyen la resolución de problemas abiertos, estudios de caso, debates, preguntas divergentes, y rúbricas analíticas que valoran no solo el producto final sino los procesos cognitivos involucrados (Duarte y Rodríguez, 2021). Estas herramientas permiten a los docentes observar el razonamiento del estudiante en acción y brindarle retroalimentación que estimule la profundización y la mejora continua.

En entornos de evaluación auténtica, los estudiantes son desafiados a aplicar sus conocimientos a situaciones nuevas y reales, lo cual demanda no solo saber, sino también saber hacer y saber pensar, en estos contextos, la evaluación deja de ser un fin en sí mismo y se convierte en una experiencia de aprendizaje en la que se desarrollan la creatividad, la argumentación, la autorregulación y la toma de decisiones, según Asiú et al. (2021), evaluar con enfoque crítico implica ayudar al alumno a comprender que no hay una única respuesta correcta, sino múltiples caminos que deben ser explorados y justificados.

Por otra parte, se ha evidenciado que las prácticas evaluativas que incluyen autoevaluaciones reflexivas y coevaluaciones argumentadas contribuyen al fortalecimiento del juicio crítico, ya que implican asumir responsabilidades en el análisis del propio

desempeño y el de los compañeros, siempre desde una postura ética y constructiva (Zepeda y Nokes-Malach, 2023). Este tipo de evaluación dialógica también refuerza la empatía y la colaboración, pilares fundamentales para una ciudadanía democrática.

En cuanto al contexto latinoamericano, varios estudios destacan la necesidad de transitar de evaluaciones centradas en resultados estandarizados hacia prácticas más formativas e inclusivas, donde se valoren las competencias de pensamiento crítico como indicador real de aprendizaje significativo. La UNESCO (2023) enfatiza que las escuelas deben convertirse en espacios donde se enseñe a pensar, cuestionar, argumentar y transformar la realidad, y la evaluación debe estar alineada con este propósito.

En suma, promover el pensamiento crítico y reflexivo a través de la evaluación no solo mejora la calidad del aprendizaje, sino que prepara a los estudiantes para enfrentar los desafíos cognitivos, éticos y sociales de su entorno, el rol del docente en este proceso es clave: diseñar tareas desafiantes, formular preguntas profundas, retroalimentar con sentido pedagógico y generar espacios para la reflexión continua.

4.3. Estrategias para fomentar la conciencia metacognitiva

Fomentar la conciencia metacognitiva en los estudiantes implica desarrollar su capacidad para pensar sobre su propio pensamiento, monitorear su progreso y regular sus estrategias de aprendizaje. En este sentido, la metacognición es clave para la autorregulación, la toma de decisiones académicas informadas y el aprendizaje autónomo. Las investigaciones recientes destacan que los estudiantes que poseen un mayor desarrollo metacognitivo tienden a rendir mejor académicamente, no solo porque comprenden mejor los contenidos, sino porque saben cómo enfrentarse a ellos de forma estratégica y adaptativa (Zarestky et al., 2022).

Una de las estrategias más potentes para desarrollar la metacognición es la incorporación de la reflexión sistemática como práctica pedagógica, esta puede concretarse mediante diarios de aprendizaje, en los que el estudiante registra no solo lo que ha aprendido, sino cómo lo ha logrado, qué dificultades encontró y qué recursos utilizó para superarlas. Este tipo de ejercicios promueve una toma de conciencia que fortalece la toma de decisiones, el pensamiento crítico y la autoevaluación (Cocine et al., 2019).

Asimismo, el uso de cuestionarios metacognitivos guiados permite a los estudiantes analizar sus propias

estrategias y estilos cognitivos, preguntas como “¿Qué hice bien en esta tarea?”, “¿Qué podría mejorar?” o “¿Qué haré diferente la próxima vez?” estimulan el análisis interno y ayudan a consolidar el conocimiento desde una perspectiva introspectiva.

Otro enfoque ampliamente validado es el modelado docente de procesos mentales. Cuando el docente verbaliza su pensamiento al resolver una tarea, muestra de manera explícita cómo planifica, monitorea y evalúa su propio razonamiento, esta estrategia sirve de andamiaje para que el estudiante interiorice modos eficaces de pensamiento metacognitivo (Soto-Lillo y Quiroga-Lobos, 2021).

La autoevaluación guiada también resulta clave en este contexto, incluir espacios en los que el estudiante valore su desempeño en función de criterios claros y previamente conocidos, permite no solo una evaluación más justa, sino que promueve la responsabilidad y la autorregulación. Ennis (2020) señala que este tipo de prácticas mejora el aprendizaje autorregulado y promueve una cultura de mejora continua.

Finalmente, el uso intencional de preguntas metacognitivas durante el proceso de enseñanza favorece el monitoreo constante. Interrogantes como “¿Qué estrategia estás usando ahora y por qué?”, “¿Esto te está funcionando?”, o “¿Cómo sabes que has comprendido este concepto?”,

orientan al estudiante hacia un aprendizaje más consciente y autorregulado. En contextos colaborativos, la coevaluación argumentada entre pares también ofrece oportunidades para observar, comparar, justificar y mejorar el propio desempeño desde una perspectiva crítica y reflexiva (Duarte y Rodríguez, 2021).

4.4. Rúbricas metacognitivas

Las rúbricas metacognitivas representan una herramienta pedagógica poderosa para promover la reflexión profunda y la autorregulación del aprendizaje, a diferencia de las rúbricas convencionales, que se enfocan únicamente en la calidad del producto final o en los resultados cognitivos, las rúbricas metacognitivas incorporan dimensiones que permiten al estudiante analizar su proceso de aprendizaje, identificar estrategias utilizadas, reconocer obstáculos enfrentados y valorar la toma de decisiones a lo largo del desarrollo de una tarea.

En contextos educativos contemporáneos, se reconoce que el desarrollo de habilidades metacognitivas es esencial para formar aprendices autónomos, críticos y capaces de transferir el conocimiento a situaciones nuevas, en este sentido, las rúbricas metacognitivas no solo permiten evaluar el nivel de desempeño observable, sino que también dan visibilidad a los procesos internos que sustentan

dicho desempeño. Según Iwata et al. (2020) este tipo de rúbricas favorece la reflexión sobre el “cómo” y el “por qué” del aprendizaje, contribuyendo a una evaluación formativa más significativa y centrada en el estudiante.

Estas rúbricas se estructuran considerando dimensiones como la planificación del trabajo, monitoreo del progreso, estrategias de ajuste ante dificultades, reflexión final sobre el logro de objetivos y evaluación de la propia motivación, cada uno de estos elementos permite al estudiante observarse como agente activo de su propio aprendizaje, identificando sus fortalezas y áreas de mejora. Según Demir (2021) la inclusión de estos criterios contribuye al desarrollo del juicio crítico, ya que el alumno no solo conoce qué se espera de él, sino que se involucra en la construcción de criterios de calidad y en la toma de decisiones sobre su proceso.

La implementación de rúbricas metacognitivas en el aula requiere un acompañamiento docente constante, no basta con entregar la rúbrica al inicio de una tarea, sino que debe ser un recurso dinámico, revisado periódicamente junto con el estudiante, retroalimentado y enriquecido según el avance del proceso. De acuerdo con Parody et al. (2023) el uso sistemático de estas herramientas fortalece la metacognición en tres niveles: la conciencia sobre lo que se sabe (conocimiento declarativo), sobre cómo

se aprende (conocimiento procedimental) y sobre cuándo aplicar cada estrategia (conocimiento condicional).

Diversas investigaciones han demostrado que las rúbricas metacognitivas no solo mejoran el rendimiento académico, sino que fortalecen habilidades blandas como la autorreflexión, la organización, la autonomía y la motivación intrínseca (Demir, 2021). Este tipo de evaluación también favorece prácticas inclusivas, ya que visibiliza procesos diversos y permite al docente ajustar la enseñanza según las necesidades reales del estudiante.

En entornos digitales y de aprendizaje híbrido, las rúbricas metacognitivas pueden implementarse mediante plataformas interactivas que permiten a los estudiantes registrar comentarios autorreflexivos, calificar su desempeño en cada criterio y recibir retroalimentación personalizada. Estas herramientas, bien integradas, no solo elevan el compromiso del estudiante, sino que permiten generar evidencias sobre el desarrollo de competencias metacognitivas, esenciales para la educación del siglo XXI (Moreno, 2023).

Tras comprender el papel clave de las rúbricas en la activación del pensamiento metacognitivo, resulta esencial distinguir entre las rúbricas tradicionales y las metacognitivas, mientras que las primeras se

centran en medir el rendimiento observable, las segundas invitan al estudiante a reflexionar sobre su proceso de aprendizaje, sus decisiones y estrategias. A continuación, se presenta una tabla comparativa que permite evidenciar estas diferencias y valorar las potencialidades transformadoras de las rúbricas metacognitivas en el aula.

Tabla 2: Rúbricas tradicionales vs. rúbricas metacognitivas

Aspecto	Rúbrica tradicional	Rúbrica metacognitiva
Finalidad	Evaluar el producto final o desempeño observable.	Evaluar el proceso, la reflexión y el pensamiento del estudiante.
Criterios	Enfocados en resultados, formato, corrección, presentación.	Enfocados en procesos, toma de decisiones, estrategias y justificación.
Participación del estudiante	Limitada a recibir la calificación.	Activa: reflexiona, autoevalúa y co-construye los criterios.
Retroalimentación	Centrada en errores o logros puntuales.	Centrada en el razonamiento, fortalezas y posibilidades de mejora.
Tipo de aprendizaje	Reproductivo, centrado en el cumplimiento de consignas.	Significativo y autorregulado, promueve el pensamiento crítico.
Autonomía del estudiante	Escasa: el docente dirige todo el proceso evaluativo.	Alta: el estudiante gestiona su aprendizaje con base en los criterios.
Aplicación	Evaluación sumativa, generalmente al final del proceso.	Evaluación formativa continua, durante todo el proceso de aprendizaje.

En el marco de una evaluación orientada al desarrollo integral del estudiante, el uso de rúbricas se ha consolidado como una herramienta clave para guiar el aprendizaje y ofrecer retroalimentación significativa, sin embargo, es importante distinguir entre las rúbricas tradicionales y las rúbricas con

enfoque metacognitivo. Mientras las primeras tienden a centrarse en el producto final y la medición de criterios estandarizados, las segundas integran componentes reflexivos, promueven la toma de conciencia sobre el propio proceso de aprendizaje y favorecen la autorregulación.

A continuación, se presenta un cuadro comparativo que permite visualizar las principales diferencias entre una rúbrica tradicional y una rúbrica metacognitiva, destacando cómo esta última no solo evalúa resultados, sino también procesos, estrategias cognitivas y actitudes del estudiante frente a sus aprendizajes.

Figura 11: Rúbrica tradicional vs rúbrica metacognitiva

Rúbrica tradicional	Rúbrica metacognitiva
Evaluar el producto final o desempeño observable	Evaluar el proceso, la reflexión y el pensamiento del estudiante
Enfocados en resultados, formato, corrección, presentación	Enfocados en procesos, toma de decisiones, estrategias y justificación
Limitada a recibir la calificación	Activa: reflexiona, auto-evalúa y co-construye los criterios
Centrada en errores o logros puntuales	Centrada en el razonamiento, fortalezas y posibilidades de mejora
Reproductivo, centrado en el cumplimiento de consignas	Significativo y autorregulado, promueve el pensamiento crítico
Autonomía del estudiante Escasa: el docente dirige todo el proceso evaluativo	Alta: el estudiante gestiona su aprendizaje con base en los criterios

Referencias Bibliográficas

- Asiú, E., Asiú, M., y Barboza, A. (2021). Evaluación formativa en la práctica pedagógica: una revisión bibliográfica. *Conrado*, 17(78). http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S1990-86442021000100134&script=sci_arttext
- Bell, R. F., y Orozco, I. I. (2022). Interdisciplinariedad, aproximación conceptual y algunas implicaciones para la educación inclusiva. *Revista Uniandes Episteme*, 9(1), 101–116. <https://revista.uniandes.edu.ec/ojs/index.php/EPISTEME/article/view/2518>
- Brookhart, S. (2013). How to create and use rubrics for formative assessment and grading. Ascd.
- Butler, H. A. (2024). Predicting Everyday Critical Thinking: A Review of Critical Thinking Assessments. *J. Intell.*, 4(17). <https://doi.org/10.3390/jintelligence12020016>
- Carless, D., y Winstone, N. (2020). Teacher feedback literacy and its interplay with student feedback literacy. *Teaching in Higher Education*, 28(12), 150–163. <https://doi.org/10.1080/13562517.2020.1782372>
- Cocine, V., Warwick, P., Vrikki, M., y Wegerif, R. (2019). Desarrollo del espacio material-dialógico en el aprendizaje y la enseñanza de la geografía: combinación de una pedagogía dialógica con el uso de una herramienta de microblogging.

Habilidades de pensamiento y creatividad, 31(1).
<https://doi.org/10.1016/j.tsc.2018.12.005>

Dawson, P., Carless, D., y Pui, P. (2020). Authentic feedback: supporting learners to engage in disciplinary feedback practices. *Assessment & Evaluation in Higher Education*, 46(2), 286–296.
<https://doi.org/10.1080/02602938.2020.1769022>

Demir, E. K. (2021). El papel del capital social en el aprendizaje profesional docente y el rendimiento estudiantil: una revisión sistemática de la literatura. *Revista de investigación educativa*, 33(1). <https://doi.org/10.1016/j.edurev.2021.100391>

Duarte, S., y Rodríguez, P. (2021). Efecto de los programas de educación económica y financiera en la educación formal e informal en Colombia. *Revista Cedotic*, 6(1). <http://investigaciones.unatlantico.edu.co/revistas/index.php/CEDOTIC>

Ennis, R. (2020). Critical Thinking: Constructive & Destructive Criticism. University Illinois. https://masarat-sy.org/en/critical-thinking/?utm_source=google_mak_ads&utm_medium=cpc&utm_campaign=dynamic_search&gad_source=1&gad_campaignid=22055471658&gbraid=0AAAAA9aXFXM0xE1Zwjcmz838OXz7kQ3v5&gclid=EA1alQobChMlhu5-58T1jwMVI55aBR0d-AetEAAYASAAEglpGfD_B

Gallardo, F., Añazco, L., Carter, B., y Peña, S. (2025). Evaluación formativa y compartida en el área de

educación física: un estudio en el contexto chileno. *Información Tecnológica*, 36(3), 39-48 . <https://doi.org/10.4067/S0718-07642025000300039>

García, J. (2024). La evaluación como herramienta para mejorar los aprendizajes: la retroalimentación y la evaluación auténtica. *Revista Latinoamericana Ogmios*, 4(9), 17–32. <https://doi.org/10.53595/rl. v4.i9.091>

Halimah, H., Mohd, I. H., y Zulkifli, H. (2023). A systematic review on the formative assessment practice in teaching and learning in secondary school. *International Journal of Evaluation and Research in Education (IJERE)*, 13(2), 1173~1183. <https://doi.org/10.11591/ijere.v13i2.26187>

Ibarra-Sáiz, M., Rodríguez-Gómez, G., Boud, D., y Rotsaert. (2020). El futuro de la evaluación en la educación superior. *RELIEVE. Revista Electrónica de Investigación y Evaluación Educativa*, 26(1), 1-7. <https://doi.org/10.7203/relieve.26.1.17323>

Iwata, M., Pitkänen, K., Laru, J., y Mäkitalo, K. (2020). Explorando el potencial y los desafíos para desarrollar habilidades del siglo XXI y el pensamiento computacional en la educación maker desde primaria hasta secundaria. *Front. Educ*, 5(1). <https://doi.org/10.3389/feduc.2020.00087>

Kryshko, O., Fleischer, J., Fleischer, J., y Leutner, D. L. (2020). Do motivational regulation strategies

contribute to university students' academic success? Learning and Individual Differences, 82(1). <https://doi.org/10.1016/j.lindif.2020.101912>

Larsen, T., Endo, B., Yee, A., Do, T., y Lo, S. (2021). Probing Internal Assumptions of the Revised Bloom's Taxonomy. CBE—Life Sciences Education, 21(4). <https://doi.org/10.1187/cbe.20-08-0170>

Maskos, A., Oeksuez, S., y Rakoczy, K. (2025). Formative Assessment in Mathematics Education: A Systematic Review. Zentralblatt für Didaktik der Mathematik, 57(1), 679–693. <https://doi.org/10.1007/s11858-025-01696-x>

Ministerio de Educación. (2021). Educación capacita a los docentes en Habilidades del Siglo XXI. <https://educacion.gob.ec/educacion-capacita-a-los-docentes-en-habilidades-del-siglo-xxi/>

Morales, E., Oyarce, A., y Fernández, A. (2023). La retroalimentación como estrategia para mejorar el aprendizaje: Una revisión documental. Varona. Revista Científico Metodológica, 77(1). http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S1992-82382023000200005&script=sci_arttext

Moreno, T. (2023). La retroalimentación de la evaluación formativa en educación superior. Revista Universidad y Sociedad, 15(2). http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S2218-36202023000200685&script=sci_arttext

Muñoz, E., y Solís, P. (2021). Enfoque Cualitativo y Cuantitativo de la Evaluación Formativa. *Revista de Ciencias Humanísticas y Sociales (ReHuSo)*, 6(3). <https://doi.org/10.5281/zenodo.5512591>

Panadero, E., Jonsson, A., y Pinedo, L. (2023). Effects of Rubrics on Academic Performance, Self-Regulated Learning, and self-Efficacy: a Meta-analytic Review. *Educ Psychol Rev*, 135(13). <https://doi.org/10.1007/s10648-023-09823-4>

Parody, L. M., Leiva, J. J., Santos-Villalba, M. J., y Matas, A. (2023). Formación Inicial Docente en la Adquisición de Estrategias Didácticas Inclusivas con TIC. *Revista Iberoamericana de Evaluación Educativa*, 16(2), 73-89. <https://doi.org/10.15366/riee2023.16.2.005>

Paul, R., y Elder, L. (2023). The International Critical Thinking Reading and Writing Test. The International Critical Thinking Reading and Writing Test.

Proença, J., y Vera, C. (2025). New model to evaluate innovation in Higher Education institutions. *Ensaio-Universitat Politècnica de València*, València, Spain, 33(126). <https://doi.org/10.1590/s0104-40362025003304898>

Sortwell, A., Trimble, K., Ferraz, L. R., Geelan, D. R., Hine, G., Ramirez-Campillo, R., . . . Xuan, E. G. (2024). A Systematic Review of Meta-Analyses on the Impact of Formative Assessment on K-12 Students' Learning:

Toward Sustainable Quality Education. *Sustainability*, 16(17), 7826. <https://doi.org/10.3390/su16177826>

Soto-Lillo, P., y Quiroga-Lobos, M. (2021). Tutores universitarios y mentores escolares: Evaluadores en la formación práctica de los futuros docentes. *Enseñanza y formación docente*, 107(1). <https://doi.org/10.1016/j.tate.2021.103489>

Sunra, L., y Samtidar, S. (2023). The Impact of Formative Assessment Towards Students' Motivation in Learning English: A Meta Analysis. *Tamaddun*, 22(1), 28-39. <https://doi.org/10.33096/tamaddun.v22i1.324>

Tanevitch, A., Abal, A., González, A., Schmidt, K., Roa, M. J., Procopio, M., . . . Zanelli, C. (2024). La evaluación formativa y los recursos virtuales desde la investigación acción. *XXIII Jornadas Científicas de la Facultad de Odontología, XXI Jornadas para Jóvenes Investigadores y XIII Jornadas para Estudiantes Integrantes de Proyectos*, 17(24). <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/175335>

UNESCO. (2023). Reimagining our futures together: A new social contract for education. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000381560>

Valle, A., Cabanach, R., Rodríguez, S., Núñez, J., y González-Pienda, J. (2016). Metas académicas, estrategias cognitivas y estrategias de autorregulación del estudio. *Psicothema*, 18(2), 165-170. <http://www>.

redalyc.org/articulo.0a?id=72718201

Velázquez, L. (2024). Perspectivas y retos en el proceso de evaluación formativa en la enseñanza de historia para nivel secundaria. *Revista Neuronum*, 10(2), 348-362. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9690716>

Vera, D. (2022). Retroalimentación como herramienta efectiva para el aprendizaje. *TZHOECOEN*, 14(2), 21-33. <https://doi.org/10.26495/tzh.v14i2.2281>

WeiQi, J., Xu Zheng, Y., Deng, T., y Yan, H. (2024). Understanding the landscape of education for sustainable development in China: a bibliometric review and trend analysis of multicluster topics(1998–2023). *Humanities and Social Sciences Communications*, 11(1). <https://doi.org/10.1057/s41599-024-03713-y>

Xuan, Q., Cheung, A., y Sun, D. (2022). The effectiveness of formative assessment for enhancing reading achievement in K-12 classrooms: A meta-analysis. *Frontiers in Psychology*, 12(1). <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2022.990196>

Zarestky, J., Bigler, M., Brazile, M., y Lopes, T. (2022). La escritura reflexiva favorece la metacognición y la autorregulación en los estudios de posgrado en ciencias computacionales e ingeniería. *Computadoras y Educación Abierta*, 3(1). <https://doi.org/10.1016/j.caeo.2022.100085>

Zepeda, C., y Nokes-Malach, T. (2023). Assessing Metacognitive Regulation during Problem Solving: A Comparison of Three Measures. *PMC Disclaimer*, 11(6). <https://doi.org/10.3390/jintelligence11010016>

Zhan, J., Wang, L., Gao, W., Li, H., Wang, C., Huang, Y., . . . Zhang, Z. (2024). Evaluatology: The science and engineering of evaluation. *BenchCouncil Transactions on Benchmarks, Standards and Evaluations*, 4(1). <https://doi.org/10.1016/j.tbenc.2024.100162>



ISBN: 978-9942-684-49-3

A standard 1D barcode representing the ISBN 978-9942-684-49-3. The barcode is black on a white background. Below the barcode, the numbers "9 789942 684493" are printed vertically, aligned with the barcode's bars.